

LA
CARTERA
CUBANA.

AGOSTO=1840.

SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

CONSTITUCION MEDICA DEL MES DE JUNIO.

Advertencia.

Hemos tenido la desgracia de que con las mudanzas de imprenta, á que circunstancias eventuales nos han forzado en esta CARTERA, se nos estraviase el estado de la atmósfera durante el mes de junio. No hemos perdonado diligencias, sin que nunca consiguiéramos dar con él, cosa que nos es tanto mas sensible cuanto hace seis años que con la mayor exactitud recogemos estos datos, que tarde ó temprano deben influir considerablemente en la práctica de la medicina.

Quizás tendremos la fortuna de que se nos devuelvan ó se hallen nuestras observaciones, y cuidaremos entonces de darlas á luz en otro cuaderno.

Recordamos que á principios de aquel mes la temperatura se elevó casi tanto como en el de agosto, y á no ser por los aguaceros de su promedio, hubiera sido tal vez la mas alta de todo el año. Veremos en las observaciones prácticas aparecer en los principios una constitucion médica inflamatoria, que después se cambió, ocasionando reumatismos, bronquitis, y feccotras aiones dependientes de la perfrigeracion.

ESTADO DE HOSPITALES.

MES DE JUNIO DE 1840				
ENFERMEDADES.	S. Felipe y Santiago			S. Franc- de Paula.
	San Ambrosio	Presos.	Particul.	
MEDICINA				
Apoplejia	1	...	1	...
Epilepsia y convulsiones . .	1	...	3	...
Anginas	1	...	1	...
Afectos del corazon	4
Gastritis agudas con fiebres	63	...	2	...
Idem crónicas	5
Fiebres intermitentes	40	3	25	2
Tifo intertropical	41
Bronquitis	47	11	26	...
Neumonitis crónicas	2	...	14	5
Colitis nerviosas	6	...	2	1
Idem diarréicas	9	3	17	3
Idem disentéricas	4	1	2	...
Obstrucciones	11	1	1	1
Nefritis simples	10
Cistitis crónicas	2
Peritonitis	3
Reumatismos	9	1	4	...
Sífilis y dolores osteocopos .	59	...	6	3
Hidropesías	4
Viruelas	1	...	2	1
CIRUGIA				
Contusiones	4	1	2	...
Fraecturas	2	...	1	...
Dislocaciones	1	...
Heridas de armas blancas . .	3	20	4	2
Tumores simples	4	3	3	...
Bubones	23	1	3	...
Fiebreis y parafiebris	37
Uretritis	13	1
Fistulas del ano	1
Orquitis	1	1	...
Úlceras y pístulas venéreas .	19	8	13	2
Idem cancerosas	1
Oftalmías	57
Erisipelas	1	2	...
Erupciones sarnosas y herip	41	4
Totales	526	61	150	21

HOSPITALES.

SAN AMBROSIO.

Existencia en 1.º de junio de 1840.	460	}	986
Entraron en dicho mes.	526		
Se curaron.	520	}	534
Fallecieron.	14		
<hr/>			
Quedaron para el 1.º de julio.	452		
La mortandad estuvo à razon de 9, 42 por 100.			

SAN FELIPE Y SANTIAGO.

Existencia en 1.º de junio de 1840.	238	}	429
Entraron en dicho mes.	191		
Se curaron.	176	}	217
Fallecieron.	41		
<hr/>			
Quedaron para el 1.º de julio.	212		
La mortandad estuvo à razon de 9, 56 por 100.			

SAN FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.º de junio de 1840.	110	}	131
Entraron en dicho mes.	21		
Se curaron.	8	}	30
Fallecieron.	22		
<hr/>			
Quedaron para el 1.º de julio.	101		
La mortandad estuvo á razon de 16, 79 por 100.			

DEDUCCION.

De los datos precedentes y de la práctica de los facultativos de esta ciudad, se deduce, que durante el mes de junio reinaron las si, guientes enfermedades; advirtiéndose, que el orden en que se colocan indica su mayor ó menor predominio.

JUNIO.

Gastritis agudas con fiebre.—Tifo intertropical en los europeos.—A mediados del mes, bronquitis y fiebres intermitentes.—Al fin, reumatismos y diarreas.

OBSERVACIONES PRACTICAS.

El modo sucesivo con que se han presentado las enfermedades durante este mes, se halla tan acorde con las vicisitudes atmosféricas, que creemos que ya ningún hombre de medianas luces podrá dudar de la importancia del estudio en que nos ocupamos y que con tanto ardor defendemos. El excesivo calor de los primeros días, produjo enfermedades inflamatorias, pero sin tender à la desorganización; por lo cual cedían prontamente al método antiflogístico. El mismo tifo intertropical ó sea el vómito negro, ha aparecido con mucha mas benignidad que el año próximo pasado, lo que nos hace creer en una constitucion menos miasmática.

Pero apenas comenzaron las lluvias à almenar con el calor atmosférico, cuando se notó alguna tendencia à la malignidad en las intermitentes, que solían tomar aunque de tarde en tarde, el carácter pernicioso, especialmente en los barrios estramuros.

Al fin del mes calmaron las enfermedades, porque la temperatura estuvo à un tiempo mas moderada y uniforme. Comenzaron à predominar las enfermedades sifiliticas, los reumatismos y algunas diarreas, que solo eran rebeldes cuando se abandonaban mucho tiempo, ó se debían à abusos no contenidos por la razon ni la esperiencia. En los enfermos dóciles, la dieta, los semicupios y embrocaciones emolientes, algunas sanguijuelas al ano, y los atoles de plátano no sin hacer, seco, y los de guanábana, bastaban para restablecerlos en pocos días, sin tener que acudir à los remedios tan decantados del extranjero, y que casi nunca corresponden en estos climas abrasados.

Se han enterrado en el Cementerio general durante el mes de la fecha:—

	ADULTOS.	PARVULOS.
Blancos.	124	77
De color.	136	115
Sumas parciales. . . .	260	192
Total general.	452	

MEDICINA.

Continuacion del extracto de las lecciones orales de Mr. Magendie, en el curso de invierno de principios de 1838, en el colegio de Francia.

DE LA SANGRE, Y DE SUS ALTERACIONES EN LAS ENFERMEDADES GRAVES.

El profesor comienza manifestando el caos en que está la patalogía, ciencia por crear, pues cuenta por poca cosa el examen minucioso de las mas ligeras afecciones de nuestros órganos y que tan pomposamente se decora con el nombre de anatomía patológica. Hemos demostrado muchas veces, dice, que las lesiones halladas en el cadáver, son á menudo efectos de la muerte; por consecuencia la senda seguida hasta aquí para las investigaciones de este género, es engañosa, y puede conducirnos al error. Ciertamente nos sorprende que en una época donde todo parece que tiende hácia lo positivo, la medicina sea casi la única ciencia cuya marcha se vea como abandonada al capricho del acaso. Abrámonos otra carrera: hace largo tiempo que se estudian y en gran parte se conocen los efectos de las enfermedades: remontémonos á sus causas, tratemos de descubrirlas, estudiémoslas una á una, y tal vez entonces podremos modificar con ventaja sus efectos perniciosos.

El profesor continúa atacando la direccion viciosa de los estudios médicos, y haciendo ver las pocas ventajas que de ellos recibe la sociedad. La Fisiología, esta piedra fundamental de la medicina, casi se desconoce: la anatomía se aprende de prisa y se olvida aun mas pronto: por lo comun se sabe justamente lo que se necesita para no ser reprobado en el examen, y una vez obtenido el título de Doctor, se tiene otras cosas en que pensar. Es necesario relacionarse, y conseguir tambien alguna colocacion, de modo que las mas de las veces el médico que principia á tener enfermos, está menos capaz de practicar la medicina que cuando ocupaba un asiento en los bancos de la escuela. Y así será hasta que estensas y minuciosas reformas arreglen la enseñanza. Estas observaciones son severas, pero demasiado ciertas por desgracia. El abandono del estudio de

las ciencias accesorias, como la física, la química, la historia natural, las matemáticas etc., es otra de las causas esenciales de aquella decadencia. A la primera se refieren multitud de fenómenos llamados impropriamente vitales, y ya se ha visto que con el auxilio de algunas nociones de hidráulica y de mecánica, hemos simplificado la teoría de la circulación, que en otro tiempo exigía una balumba de quiméricas esplicaciones.

Guardaos de las creaciones novelescas de los hombres ingeniosos; porqué este ha sido siempre el escollo de los de mayor mérito. Entregaos por el contrario á los estudios experimentales: vedlo comprobadlo y tocadlo todo, y no me creais á mí, ni á vosotros mismos, ni á nadie sobre su palabra.

Lo digo con dolor: á la cabecera de un enfermo ¿en qué se diferencia el médico del asistente? Si le llaman para una viruela, conoce sus síntomas y terminaciones: lo mismo sabe el enfermero. ¿Pero aquel conocerá porqué la viruela se hará discreta ó confluyente, ó porqué tomando el carácter purpurino, le arrebatara su enfermo en algunas horas? Nó es un espectador ignorante y demasiado impotente contra estas graves modificaciones de la enfermedad primitiva, y por único recurso no *recetará* varios remedios que tan bien como él mandaría en caso necesario el enfermero?

¿Y debe por ventura ser este el género de superioridad á que deba aspirar el médico? Si en el estado actual de la ciencia es el único, ¿porqué no hemos de tratar por estudios serios de despojarnos del papel casi humillante que nos han dejado nuestros antecesores? Ilustremos la patología con todas las luces del siglo, creemos la *medicina experimental* que nos revelará sin duda el mecanismo de las alteraciones morbíficas, y entonces podremos atacar sus causas con vigor, modificarlas y prevenirlas.

Auxiliándonos de la química orgánica, trataremos de estudiar la composicion íntima de la sangre en el estado de salud, sus alteraciones, las influencias que recibe y los desarreglos que produce en la economía cuando se modifica de este ó de aquel modo. Habeis visto su accion en nuestros órganos, y hemos producido en los animales casi todos los fenómenos que determinan las afecciones mas terribles, y contra las cuales nuestro arte se vé con demasiada frecuencia sin recursos.

Muchas enfermedades, como la neumonía, el escorbuto, el tifo, la fiebre amarilla etc., podemos decir que han sido evocadas por nosotros y traídas á vuestra presencia.

Nuestras esperiencias sobre la sangre se confirman diariamente por las aberturas cadavéricas. Hace poco que entró en mis salas una mujer con los prodromos de una enfermedad aguda muy grave: diagnosticué la invasion de la viruela, y á pesar de mis prescripciones, la enferma se agravó súbitamente, se declaró la púrpura y murió en treinta horas. Esta complicacion fulminante de la viruela, sus sintomas tan repentinos y tan terribles, nos determinaron á hacer la autopsia, y hemos hallado la copia fiel de las enfermedades que creamos á vuestra vista bajo la influencia de los medios que empleamos para sustraer la sangre en los animales.

Si pasamos á la neumonía ¿qué dicen los autores de su causa primera, ni porqué el pulmon ya se halla engurgitado, ya con *hepatizacion roja ó parda*, como las nombra el bárbaro vocabulario de la escuela? Gracias á nuestra esperiencia, sabemos que hay una serie de fenómenos químico-patológicos, que en gran parte conocemos hoy, y por ellos la sangre se derrama bajo ciertas condiciones en los canales laberínticos del pulmon, se coagula, se solida y produce aquellos distintos desórdenes, que solo así pueden esplicarse. La gastro-enteritis, la fiebre tifoidea, el rubor y la alteracion de la mucosa intestinal, se producen tambien con rigurosa exactitud en nuestras esperiencias y son igualmente para nosotros el resultado de causas químicas, físicas y fisiológicas. La pústula maligna, donde la inflamacion representa gran papel segun los partidarios esta palabra vacia de sentido y que debe desterrarse de la medicina á menos que no se la aplique solo á las combustiones espontáneas, ha coincidido con la incoagulabilidad de la sangre en un sujeto que acaba de morir en el Hotel-Dieu.

La propiedad que tiene este líquido de coagularse, es una condicion indispensable para que se conserve su movimiento libre y arreglado en los capilares; y esta condicion modificada, es la que hace tan á menudo fatales á la peste, el tifo, la viruela, el escorbuto, la púrpura y las otras enfermedades con aparicion de petéquias. Trataremos de conocer las causas que pueden obrar mediata ó inmediatamente en este fenómeno, y sa-

biendo ya que muchos sólidos, líquidos y gases le destruyen ó debilitan, iremos en busca de los que le den mas energia. Por que no nos cansamos en repetir que el estudio científico de la medicina, está casi todo en la investigación del modo conque se producen las alteraciones patológicas. En vano se saben los períodos y cuantos fenómenos atañen á la tisis pulmonal: para qué sirve esto en terapéutica? Lo que importaba conocer era la causa. Quizá hallaremos en la sangre la materia tuberculosa, y destruiremos ó prevendremos su formacion, sin que ninguna dificultad nos haga perder la esperanza de conseguirlo. La materia tuberculosa se distingue perfectamente de la purulenta con el microscopio. Hallé entre los pilares del ventrículo derecho de una tísica, unas especies de sacos fibrinosos que contenían al parecer pus, y era materia tuberculosa: estaba así en su sangre; ¿mas era la tisis quien la habia colocado allí, ó la tisis era un efecto de su existencia? Esta cuestion no está resuelta. Pero todos los dias me persuado á la vista de los hechos, de que hallaremos en la sangre la causa de multitud de afecciones patológicas, y en todos casos una nueva fuente de instruccion.

El año pasado hicimos aplicaciones muy útiles de un instrumento inventado por M. Poiseuille para determinar con exactitud la presion de la sangre y la fuerza impulsiva del corazon, y resultados casi increíbles han destruido todas las ideas que se tenían sobre la materia. Con el hemodinamómetro, ha visto su inventor que la fuerza estática de la sangre presentaba la misma energia en el caballo que en el conejo. Hemos inventado en las venas de un perro casi toda la sangre de otro enteramente igual, y no ha variado la presion sino en algunos milímetros. De modo que lo que parecia un problema inesplicable, se resuelve con sencillez: „la disminucion notable de la masa sanguínea aumenta el número y la intensidad de las contracciones del corazon, mientras que la superabundancia del líquido produce el efecto contrario:” así pudiéramos dar como un axioma: que el número y la fuerza de las contracciones del corazon, estan en razon inversa de la presion ó volúmen de la sangre. ¡Véanse ahora los efectos de la sangrias y si la seguirán prodigando ciertos médicos sin ver que la sustraccion de sangre modifica inevitablemente la contractabilidad del corazon!

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

LAS DOS VIUDAS.

Tú lo has querido, amigo; y con el interés de ese afecto generoso que me profesas, me has comprometido de una manera poderosa á revelarte los sucesos de mi vida, la causa de la sombra triste que empaña mi semblante, y la que ha hecho nacer estas canas que con solo cuarenta años caen sobre mi frente surcada de arrugas. Hay cosas, Gonzalo mío, tan duras de decir, que el resolverse á ello le cuesta mas sacrificios á nuestro amor propio, que sangre y lágrimas á un pueblo sojuzgado, el insolente triunfo del vencedor. Porqué no hay caso: raya en monstruo aquel individuo, que, habiéndole ajado sus derechos á la virtud, como verás que lo he verificado yo, no batalla consigo mismo largo tiempo antes de atreverse á comunicar al amigo íntimo que sea, al compañero de su alma, la historia de sus miserias. Confiésote sin embargo, que ya por la ley imprescindible de nuestra naturaleza, ya por buscar alivio, mil ocasiones me he visto próximo á sucumbir, esto es, casi he resuelto descorder el velo para que unos ojos amigos lean con misericordia sobre mi pecho los amargos renglones que han trazado en él los acontecimientos. Yo ahora obro sin disputa bajo la influencia de tales circunstancias.

Fuí hijo único de padres que no supieron encaminar á término seguro mi educacion, arreglar mi juicio, ni darme un destino, cuyas tareas absorbiendo la actividad extraordinaria de mi espíritu, me hubieran adornado de la madurez conveniente, ó cuando menos distraídomé algun tanto de los peligros que cercan la juventud. El resultado fué que á su muerte, con veinte y dos años mal gastados en juegos y diversiones, teatros y bailes, alocado y revoltoso como nadie, no era un hombre, sino un muchacho grande, sin íntimo convencimiento del valor, ni de la dignidad humana, casi imposibilitado de ganar hacienda por mí, y sujeto solo á lo que me recayó en herencia.

Mi atolondramiento juvenil por breve espacio contenido mientras vestía lutos y derramaba lágrimas á la memoria de unos padres, que á vuelta de tanto mimo, dejáronme en triste desamparo sin el escudo de sólidas doctrinas, ni morales documentos; revivió mas exaltado que nunca al contemplarme cual ardiente potro suelto á la merced por el estenso campo. Pero sin freno, sin una razon amestra la que con artes de entendido caballero me rigiese, la primer caída me arrastró al abismo. Sea cálculo, sea afecto, una viuda de mas edad que yo, á quien por desgracia mia trataba desde en vida de mis padres, tomó á su cargo el consolarme de su falta con tan cariñosas palabras y finezas de pura amistad, que conocido mi genio, era ya visto el resultado de sus estrechos. Mi viveza, viveza de mariposa que vuela destumbrada en torno del fuego, dió conmigo en el precipicio aun antes de tiempo; porqué al responder á sus favores no me iba á la mano en materia de elogios, ni de galantería, ni de aquel agradecimiento que la viuda interpretaba siempre en su pro. Ello es que de la noche á la mañana me ví su novio, y apenas transcurridos unos meses, se celebró nuestro solemne matrimonio. Las cosas mudaron repentinamente.

Mi esposa Manuela lució á mis ojos sin el embeleco de las ilusiones que me arrastraron á tan desigual consorcio. La ví cual ella era, y por cierto que la realidad de su índole no pudo serme nunca agradable. No había, ni era dable que hubiera entre ella y yo, entre la viuda que conocía el mundo y el jóven inesperto cogido en sus redes, ningun vínculo durable de afeccion. Su edad mayor que la mia la inspiraba cierto predominio, ó mejor, prestaba motivo en alguna manera á que se desplegase su sed de mando; y así, era quien todo lo disponía y ordenaba, exagerando su creencia al punto de someterme á mí tambien. Los primeros meses es-

tuve como á púpilo, enteramente á sus órdenes, y si bien luego me fuí sustrayendo á su potestad mediante el recuerdo de mi primitiva soltura, del carácter de *esposo* y de la situacion que disfruté bajo el poder mismo de mi padre; nunca te negaré, Gonzalo, que por dilatado tiempo, Manuela ejerció en mí la autoridad de una mujer colocada de antemano al frente de una casa, que se enlazó á un mancebo como yo, ignorante de todo gobierno y disciplina doméstica.

Ni ella tuvo hijos jamás, ni fruto alguno de nuestra union vino á hacerme sentir las delicias de la paternidad, que luego gusté con tan amargos sabores. Hízose pues nuestra existencia monótona y fastidiosa sobre modo: lo cual, si de ordinario es un peligro, subió de punto hasta hacerse gravísimo respecto de mí, que naturalmente instable y travieso, descontentadizo é insustancial por mi educacion, con dificultad le guardaría muchos fueros á la desdichada Manuela. Además, la emancipacion en que me constituí de su yugo, sintiendo mi importancia de hombre, hubo de parecerle eso mas dolorosa que muerta en ella misma la débil llama de los primeros ardores, presintió amenazada la fidelidad conyugal que como á esposa le debía, siendo síntoma claro de posteriores rompimientos.

No influyó poco para que al cabo los hubiera, el irse desmejorando á paso veloz el atractivo corporal de la viuda, en tales términos que cayéndole con prematuro rigor los años, resaltaba en viva contraposicion mi juvenil frescura con el cercenado donaire de una beldad que declinaba. Su índole entonces, que jamás la tuve por muy suave, aumentó los grados de aquella oculta rabia que les inspira á ciertas mujeres gran envidia á la robustez y dominio del sexo fuerte; y la exasperó poniéndola quisquillosa, regañona, agolpeadora de los siervos, á quienes nada prevenía sin dictérios y apodos, no perdonando cualquier ocasion de írseles encima y cebar su furia con látigo en mano. De consiguiente convirtiose la casa en un infierno, donde solo se tenía miedo, que no respeto, á su desatentada Proserpina. Huía yo de morar en ella, Gonzalo, segun te lo has de suponer; pero á ciertas horas me precisaba recogerme, y al regreso aquella celosa arpía me averiguaba incómoda donde estuve, qué hice, con quiénes conversé y cuantos pormenores sugiere la petulancia.

Por aquí principiaron las riñas, pues desde luego la mandé noramala, afirmando que yo no tenía de necesidad que darle cuen-

ta de mis acciones. Con esto me guardó tal encono que en lo sucesivo apenas me dirigía la palabra, ni me hablaba á derechas, y eso usando del gesto despreciativo y apimentado que le ponía á los esclavos. Imprudente como era yo por falta de buena dirección en los principios, jamás intenté reconciliarme; antes por el contrario aquellos lañes me revestían de un desprecio invencible á Manuela, á quien en primera oportunidad impuse silencio, demostrándole que me debía respeto, y que eternamente me pesaría de haberme casado con una viuda tan áspera y grosera.

Yo vivía apesadumbrado, y no obstante mi genial viveza andaba sin sombra y sin consuelo, huyendo las malditas horas de hospedarme en el hogar doméstico; temible predisposición á feos y reprobables excesos.—Una casa mia situada en el barrio del Angel, al extremo de la ciudad, demandaba una composición que valiéndome algun dinero me interesaba bastante estar al tanto de ella; y aunque no me interesara mucho, me venía bien para la distribución del día y divertir mis congojas, inspeccionar á mañana y tarde la obra. ¡Ay Gonzalo! Aquí se nubla ya mi vida, más todavía de lo que la has visto oscurecerse. No bastaba un matrimonio con locura y precipitación celebrado, sin prudencia sostenido y á punto de desistirse por mutuo desprecio; se requería en pago de mi torpe ligereza el peso enorme de un pecado mayor, fecundo en sangrientas consecuencias. Aquí es donde comienzo á sufrir por mi relato, donde me abandonan las fuerzas, y me cubro de rubor, de arrepentimiento y rabia á la vez. La palabra empero está dada ¡oh mi Gonzalo! y no me negaré á proseguir. Deténgome sin embargo á invocar poderosamente tu benevolencia, porqué la necesito, y porqué ya hemos contraído una intimidad demasiado tierna desde la declaratoria que mi hiciste de tu amor á mi hija, para que te sea indiferente lo que tan de cerca me toca, comprometiendo acaso tus afectos.

La casa de que iba hablando era habitada por una joven, viuda de un militar jugador y grosero, del cual recibió pésimo trato. Con muy pocos bienes dejola á su muerte de los que llevó al matrimonio; y mas en desamparo todavía, pues la ayuda del sueldo cesó á su fallecimiento, quedándola un escaso monte-pío. Por el suave color moreno de su rostro y la morbidez de seda que bañaba su cutis fino, por el ébano de sus oscuras trenzas y lo copioso de su perfumada cabellera, por los relucientes ojos que incendiaban con su quemadora mirada, siempre atrajo mi voltaria aten-

ción aquella verdadera hija del trópico; y á poco de tratarla, reconocí mucha semejanza entre su índole y la mia. Revoltosa y alegre, un atolondramiento tambien la llevó al matrimonio con el difunto militar á despecho de sus padres; y después de haber padecido bajo su férula, la viudez restauró la frescura voluptuosa de sus formas, arrancándola á los sufrimientos que su esposo la trajo en dote. Llamábase Mercedes, y todavía en la flor de sus años frisaba apenas en el vigésimo de ellos.

En aquella época no pienses, Gonzalo mio, que yo ejecutase cosa alguna de las que voy refiriendo, entrando en mí para interrogar la conciencia, y sujetarme dócilmente á sus dictados. Nada me acobardó nunca; ni pensé de autemano acerca de las empresas que acometía, ó mas bien, en que me hallaba; pues sin saber como, ni como no, sin volver en lo mas mínimo sobre mí, me encontraba al remate en cualquier riesgo ó mala ventura, debiendo á la casualidad la entrada.—La nave iba por donde á su placer la impelían las olas.

Preocupado con la gracia de Mercedes, su conversacion me encantó, y yo me dejé llevar del encanto, me abandoné sin juicio ni contencion á su atractivo, hasta espresárselo del mejor modo, ó á lo menos, del mas franco y sin escrúpulos que pude, atropellando los sagrados respetos del deber mio y de la virtud suya. Ahora recogerás una nueva prueba para juzgar lo parecido que era no solo nuestro carácter, sino igualmente nuestra educacion moral. Criada ella sin seguridad, ni prenda, ni garantía contra la seducción, no llevando consustanciados en su espíritu los dogmas de la virtud, en lugar de despedirme irritada, contentose al principio con reprenderme medio sonriendo; y como disculpando mi conducta, aunque me vedaba insistir en tales pretensiones de amor. Harto baladí era la reconvencion, cuando no dejó apenas rastro en mi memoria; ni sirvió de estorbo para que continuara en mis requiebros. Al revés, prorrumpí, usando doble fervor, en peligrosas celebraciones de su gallardo y deleitable cuerpo, que repetí cien veces y cada ocasion con mas insinuante y atrevido énfasis, en las posteriores visitas. Mercedes, poco recatada, dió cabida en su seno á la gratitud y al afecto, saboreando con gusto aquellas espresiones mías, los cariñosos galanteos, y mi generosidad que le recordaba la distancia que había entre su marido y yo, habiendo sido aquel, seco demasiadamente aun en la época de sus amoríos. Yo no solo le compuse la casa á la medida de su deseo y hasta de su capri-

cho, sino que dejando á su gratitud en grave deuda hácia mí, me negué en lo sucesivo á tomar el alquiler. En resolucion, amigo mio, poniéndome ella voluntariamente una venda para no mirar los escollos que la separaban de mí, se entregó rendida en los brazos de mi osada y criminal seduccion.

Reflexiona ahora por los antecedentes que te he suministrado, en que incertidumbre y con cual zozobra viviría, casado con Manuela y unido en torpe cadena á la fácil Mercedes. Reflexiona así mismo si mi genio, poco acomodado á la conciliacion y á la prudencia se atajaría en el aborrecimiento absoluto que le cobré á la estéril Manuela, cuando Mercedes me amaba, me bendecía como á su protector, y llevaba, ¡oh Gonzalo! en sus entrañas.... ¿Te lo diré?—A Cármen, Cármen, sí, *mi hija*,—la que tanto adoras.... ¡Qué revelacion! Tu futura esposa es el vástago de una union oscura i detestable. La compasion de tu alma grande aumentará ahora la llama de ese amor purísimo que le profesas. Perdona, Gonzalo, al padre que la suerte te destina, y que ha pagado bien caro su fatal desenvoltura.

Manuela me era insoportable, y cargaba sobre mis hombros mas pesada que de plomo. La infeliz se acercó á reconvenirme no sé con que motivo, una noche que me oprimía infinito la contemplacion de mi suerte; y apenas vino junto á mí, tomela por un brazo, y la arrojé á buen trecho lejos de mí, volviéndole las espaldas y retirándome al aposento. Desde entonces cambió la escena doméstica del todo. Yo fuí el tirano, el rabioso; y al eco de mis furibundos gritos reduje á mi obediencia á la desmandada viuda que primero me subyugó. Pero toda la crueldad se me olvidaba, deponía la furia, me mudaba en otro al entrar en casa de Mercedes. Para ella guardaba mi festivo humor y las demostraciones correspondientes á su rendido é inagotable querer.

El cambio de opresora en oprimida supuesto el humor de Manuela bastaba para sumirla en honda desesperacion. Desesperacion que en personas altivas é impetuosas se reconcentra para estallar con mil estragos. Así sucedió por desgracia sin preverlo yo, cuyo distraimiento no me permitía entonces discurrir por el estilo de ahora, que llevo casi perdida mi primitiva esencia.

Por cuentos de los criados, deseosos de aprovechar en la division de sus amos el medio de granjearse ora la voluntad del uno, ora la del otro, para pasarlo bien; se instruyó Manuela de mi vergonzoso secreto, descubriendo que la naturaleza ingrata para con

ella, me había concedido una hija en Mercedes. Al instante que se lo comunicaron, dió crédito cumplido á la noticia, pues harto la comprobaban mis procedimientos. Salió arrebatada de su casa, y á pié, fuera de sí, lanzose en busca de la morada de Mercedes por las señas que gravó indelebles en su memoria, caminó en alas de la ira y del coraje mas rabioso, sin acordarse de lo extraño que era su traje casero en una señora delicada, á medio día, sola por las calles de la Habana; cruzó esquinas y boca-calles, preguntó en los alrededores, y entrose ciega de furor en la sala donde apaciblemente cosía Mercedes, mientras en el segundo aposento mi hija Cármen dormía infante en sosegado sueño.

La subitanea aparicion de Manuela, á quien desconocía, heló de espanto á Mercedes por la siniestra iluminacion de sus miradas, el vestido no conveniente, y sobre todo por el agudo grito con que le atravesó los oidos, apenas tuvo espacio de mirarla.—*¿Donde está él, infame?* le preguntó insultándola y brotando fuego por boca y ojos.—*¿Donde está, infame?* repitió una y otra vez con ojos desencajados, labios blancos, y manos trémulas por el esfuerzo de la rabia.—*“¿No me lo dices! pues yo buscaré á su hija hasta el último rincon para hacerla pedazos:”*—y en su frenesí terrible casi pisaba convertida en hiena el umbral del primer cuarto, á tiempo que los instintos de madre, despertando de su asombro á Mercedes, le comunicaron el vigor indomable de una leona. Por los vestidos trájola á viva fuerza á la sala, y allí se empeñó una lucha encarnizada y feroz. Burlada en su intento mi mujer, sintiose revestida del fuego de la venganza, y asiendo por los cabellos á Mercedes, la sacudió bárbaramente, saciando su ira en los dolores que le causaba. Tirola luego contra la tierra, y notando que la sangre corría de su cabeza, y que sus movimientos convulsivos remedaban los de un agonizante, precipitose fuera, y ganó de nuevo el camino de mi casa.

No satisfecha la venganza de Manuela en mi hija, blanco de su demente enojo, antes bien atajada por el golpe atroz inferido á Mercedes, que estimó mortal, un vértigo tremendo aumentó la ominosa desesperacion de mi esposa. ¡Qué día, Gonzalo, tan funesto! Con qué sombras tan oscuras le retrata en mi lóbrega fantasía! Cuando llegué á mi casa, que sería una hora á lo sumo después de todo, infinidad de gente la cercaba, entraban unos y salian otros, la justicia tomaba conocimiento de un delito....; penetro en lo interior, corro sin vida, y hallo á Manuela nadando en su san-

gre, porque se había atravesado el corazón de un certero y varonil puñalada..... Yo que ignoraba los antecedentes de su ida á casa de Mercedes, me llené de terror y de duda. La ciudad entera se cubrió de espanto. Lo poco comun del hecho, el sexo, las circunstancias inducían á estravagantes conjeturas; y hoy aunque van mas de quince años, no faltará quien recuerde la lúgubre impresion que generalmente produjo.....

Cuando volví á ver á Mercedes, sobrecogiome muchísimo la novedad de encontrarla enferma de una ardiente calentura que sobrevino á la herida. Habiéndome ella misma impuesto del suceso, no sabía qué estrañar mas, si el arrojó frenético de Manuela, ó la sensacion indecible, sin igual, profunda, que en Mercedes hizo la tentativa sangrienta de matarle á su hija. Nada contribuyó tanto á postrarla en el lecho como el sobresalto horroroso que la produjo aquel gesto, aquellos ademanes fatídicos de Manuela, lanzándose á *hacer pedazos* á Cármen, que equivalía á destrozar su cielo. Primero que todo al levantarse de donde la arrojó mal herida mi esposa, volvió en busca de Cármen, á quien inundó la sangre que de su rota cabeza fluía; y oprimiéndola con ardor á su pecho, le hablaba á la criatura cual si fuera capaz de entenderla, teniendo á la sazón un año. El repentino aparecimiento de la mujer que la agolpeó, vision del infierno para ella que jamás la ofendiera, el fuerte sacudimiento del cerebro en la caída, la bárbara idea de asesinarle la niña, su complexion de ardiente americana, trastornáronle la salud; y gracias que no la dejaron en absoluta demencia....

Yo presencié algunos de los arrebatos que por muchos dias se repitieron en la abrasadora fiebre que consumía su existencia. Al paso que en ellos se ofuscaba la razon, ardía mas pura la hoguera de maternal afecto. Le protestaba á Cármen defenderla y perecer por ella, maldecía de aquella mujer que quiso *hacérsela pedazos*, palabras que pronunciaba temblando, arrojábase del lecho huyendo de una vision que venía á robarle la hija de sus entrañas, colocaba á esta sobre su seno, cubrirla de besos y de lágrimas, para caer luego en un desmayo que agotaba sus fuerzas en síncofes mortales.

A su cabecera, Gonzalo, empezó á renovarse mi ser, empezó á connoverse hasta lo último mi existencia. Aquel espectáculo me desgarraba el corazón, y por la salud de Mercedes yo hubiera dado todos los tesoros del cielo y de la tierra. Entonces sentí que

la amaba; y allí, al lado de la enferma delirante, no de la jóven y seductora viuda, presenciando la hermosura moral del afecto que la enloquecía, viéndola padecer, observando que su vida se *hacía pedazos*, que su imaginacion ardiente, su sensibilidad y nervioso temperamento eran los puñales homicidas que la asesinaban;—allí amé á Mercedes, sin acordarme de Manuela ni de su suicidio, allí la amé tal como era, y no tal como me había parecido, en su espíritu y no en su cuerpo, porqué era la madre de mi hija, porqué confundido con Cármen sentía en lugar de ella el volcan de amor que devoraba la preciosa vida de su madre. Pero, Gonzalo, mi amor se atrajo el anatema de la Divinidad: yo había sido el seductor de Mercedes, y la primera víctima fué Manuela. Hubiera sido coronar con la dicha á un malvado, permitir un enlace que ya no encontraba impedimento. Mercedes sucumbió, y el beso que sobre su frente moribunda sellaron mis labios descoloridos, abrió las fuentes de mis ojos, que lloraron sobre su cadáver tantas lágrimas, cuantas eran necesarias para regenerar en un nuevo bautismo mi alma abatida y mi ulcerado corazon:

NOTA:—Se nos hace un cargo de conciencia al poner fin á esta historia, contada por el mismo á quien le pasó, y encontrada entre los manuscritos de un anciano curioso, advertirlo así para que algun cándido lector no le achaque al pobre novelista hechos de tamaña consecuencia.

EL AJEDREZ

COMPARADO CON EL WHIST.

Hallándonos un dia varios amigos en la casa de Mr. A., nos sentamos después de comer á jugar al Whist. Apenas habíamos empezado, llegó un sobrino del amo de casa, el cual nos manifestó que se admiraba de ver que personas de nuestra edad y co-

nocimientos gastasen el tiempo en barajar, repartir, echar en la mesa, y volver á levantar un paquete de estampas de niños, y segun los acaecimientos de semejante division, pagar ó cobrar dinero unos á otros. Nosotros le dimos las gracias por su favorable opinion de nuestros conocimientos; pero su tio le preguntó donde había aprendido aquella política de congratular á las gentes por su juicio, dándoles á entender al mismo tiempo que los tenía por locos.

—“Ahora bien, continuó, si yo te dijese que me espanta el verte sentado toda una tarde, dando tormento á tu cerebro, para mover unas cuantas figuritas de un lugar á otro, no con la esperanza de alguna ventaja pecuniaria, sino con el deseo de tener pensamientos mas sutiles que tu antagonista: ¿no sería esto lo mismo que decirte que tengo por locos á todos los jugadores de ajedrez? Y particularmente á tí, que te olvidas de tomar alimentos, embebecido en este juego que miras como uno de los mayores?”

—“Yo no sé, dijo el sobrino, como V. compara los naipes con el ajedrez! En aquellos muchas veces ganan los niños y las mujeres simples, al paso que el ajedrez requiere un genio matemático, y la victoria se adjudica, no á las casualidades de un ciego azar, sino solamente á la propia destreza. Yo siempre he creído que uno que juega bien al ajedrez se halla en camino de ser un buen general. En ningun precio se puede estimar un juego tan noble, que tiene por objeto la gloria mas bien que la ganancia.”

Su tio le replicó: —“Sea así; pero ¿qué podrás responder para excusarte del modo con que juegas con M. L. que te da la reina y un caballo? Muchas mujeres, y aun niños, podrán compararse con quien aparentemente muestra tanto juicio en la conducta de su juego como el hombre mas sabio. El genio matemático que pretendes, le estimo por nada; porque conozco muchos que ni aun saben el significado de la palabra *matemáticas*, y no obstante ganan á algunos matemáticos. El que posea una buena *memoria local* y juegue por rutina, ganará siempre el juego contra otro cuya vivacidad le aparte del plan original. Tú dices que en este, tu favorito juego, la victoria se adscribe solamente á la superior penetracion; debías haber añadido: ó á las equivocaciones del antagonista, ó al azar; porque entre jugadores iguales, si ambos juegan correctamente, el que tenga la salida ganará el juego; y para determinar quien es el que ha de salir es costumbre tomar un peon blanco en

una mano y otro negro en la otra, y dejar que el contrario, conjeturando el color, determine que mano ha de jugar primero, ó echat á rodar una pieza en el tablero, y el cuadrado blanco ó negro en que para, decide que color ha de tener la precedencia. Yo nunca me he puesto á investigar de que modo el ajedrez puede ser una escuela en miniatura del arte de la guerra, pues la estravagancia de la comparacion es evidente, porque aunque en el ajedrez se ataca, se defiende, y se procura hacer conquistas sobre el enemigo; estas maniobras se practican todas en un campo tan reducido y con tan pequeña diferencia en la disposicion de las piezas, que comparadas con las evoluciones militares, parece que no hay otra similitud entre ellas que en la generalidad de atacar y defenderse. Y pues en la guerra como en cualquiera otra cosa, suceden muchos acaecimientos que hacen necesario obrar con arreglo á las apariencias, frecuentemente engañosas; yo oso afirmar que los naides nos dan mas exactas nociones de la guerra que las que puede dar el ajedrez; porque en este juego nosotros regulamos nuestras operaciones con evidencia positiva, y no con arreglo á una razonable conjetura."

"El ajedrez, continuó, se juega frecuentemente á interés, y á la verdad, el jugar por dinero ó por nada, no puede aumentar ni disminuir el mérito de un juego."

"Los juegos de naipes y tablas han sido inventados por personas inteligentes, del mismo modo que los de ajedrez y damas: ellos dicen que el arco no siempre ha de estar tirante, y que es mejor emplear el tiempo en vagatelas que permanecer ocioso."

El anciano caballero continuó apostrofando á su sobrino en estos términos:—"Tú debes acordarte, pues hay bien poco tiempo, de una tarde que yo fui á tu casa, y te hallé jugando al ajedrez con Mr. B. Tú habías ganado el primer juego, y te habías puesto tan insolente, que le tratabas como á un chiquillo que tenía necesidad de ir á la escuela á tomar mas lecciones, antes de ponerse á jugar con tan gran maestro; pero al segundo juego dieron fin tus cacareos y bufidos, porque abroquelaste aturdidamente, después de lo cual Mr. B. te dió jaque-mate en media docena de movimientos. Tu orgullo dió una caída, y aunque tu antagonista estuvo tan templado después de su victoria como había estado en su derrota, te enfadaste visiblemente; y tu enojo creció con la pérdida sucesiva de los tres juegos siguientes, de modo que te levantaste de la mesa tan repentinamente, que yo me avergoncé de tu conducta:

toleraste tu desgracia de tan mal talante, que en la cena estuviste incapaz de sostener la conversacion, y si bien me acuerdo, te persiste á reñir con el criado, porqué á tu parecer se había olvidado de poner la sal en la mesa, aunque la tenías delante. Tu hermana nos dijo que temía de verte sacar el tablero, porqué cuando ganabas, no había forma de que dejases el juego, hasta que la cena estaba echada á perder ó fria; y cuando perdías, aunque á la verdad las piezas volvían pronto á su caja, pero se concluía tu buen humor y tu charlatanería por toda la velada. He aquí las consecuencias de *este noble juego, en el que la victoria se adscribe solamente á la propia destreza, y no á las casualidades de un ciego azar*. ¿Y qué? Por lo mismo que la pérdida se imputa únicamente á nuestra ignorancia ó inadvertencia, debemos preferir entretenernos en juegos que puedan llamarse relajaciones del espíritu, y que no requieran una contension de cabeza tan grandes; que nos haga incapaces de atender á ninguna otra cosa. Así nuestro amor propio no se interesa tanto en ganar ó perder un poco de dinero por azar, como el de vosotros, que se ensancha con la idea de que sois mas agudos, y se deprime con la de que sois mas estúpidos que vuestros adversarios."

Aquí el jóven caballero le interrumpió diciendo:—¡Qué! Una vez pude quizá no ver el juego bien; pero en otra ocasion probablemente no seré tan estúpido, porqué yo me acuerdo que el dia siguiente gané seis juegos seguidos á Mr. B."

—“¡H! H! replicó el tio, entonces es lástima que tú no hayas hecho sacar tu horoscopo para conocer los dias que te son adversos ó favorables."

“Pero antes que dejemos esta materia, yo quiero observar solamente que no desprecio el ajedrez, antes le estimo como un excelente pasatiempo, con tal que no nos hagamos sus esclavos. La situacion mejor para jugarle, me parece que es aquella en que el entendimiento está demasiado exaltado por la sucesion de placeres vivos, á fin de templarle por este género de estudio; y por el contrario, cuando el espíritu está como amortecido por la larga atencion á alguna ocupacion seria, deben preferirse los naipes ú otro entretenimiento ligero, que admita la risa y la conversacion; en una palabra, yo solo quiero que nadie le haga su diversion esclaviva, y mucho menos su *caballito de caña*, que le induzca á despreciar las de los demás."

ANECDOTAS

SOBRE EL AJEDREZ.

Tamerlan el Grande.

El juego del ajedrez ha sido generalmente practicado por los mayores guerreros, y algunos han supuesto que era un talento necesario para un militar. Tamerlan el grande, estuvo empeñado en un juego de ajedrez durante todo el tiempo de una batalla decisiva con Bajaceto, emperador de los turcos, que fué derrotado y hecho prisionero.

Al Amin Califa de Bagdad.

Se cuenta que este príncipe estaba empeñado en el ajedrez con su liberto Kuthar al mismo tiempo que las tropas de de Al-Mamun habían adelantado con tanto vigor los trabajos del sitio de aquella ciudad, que estaban á punto de dar el asalto: el Califa advertido de su peligro gritó: "dejadme en paz, que estoy discurriendo un jaque-mate contra Kuthar!"

El Rey Carlos I. de Inglaterra.

Estando jugando al ajedrez le llegó la noticia de la resolución que habían tomado los escoceses de venderle á los ingleses; pero sin alterarse por esta noticia, tan capaz de sobresaltarle, continuó el juego con tanta compostura que nadie pudo conocer que la carta recibida le anunciaba cosa notable.

El Rey Juan.

Estaba empeñado en una partida de Ajedrez cuando los diputados de la ciudad de Rouen vinieron á informarle de que estaba sitiada por Felipe Augusto; pero él no los quiso oír hasta después de concluido el juego.

Mehemed Balba.

En la crónica de los reyes moros de Granada se cuenta que el año de 1395, Mehemed Balba se apoderó de la corona de aquel reino, en perjuicio de su hermano mayor, y pasó su vida en una continua serie de desastres. Sus guerras contra Castilla tuvieron constantemente un éxito desgraciado, y su muerte fué ocasionada por un vestido envenenado. Viendo su suerte decidida, despachó desesperado un oficial al fuerte de Salobreña, para que quitase la vida á su hermano Jusaf, á fin de que los parciales de este príncipe no pusiesen obstáculo á la sucesion de su hijo al trono. El alcaide halló al príncipe jugando al ajedrez con un sacerdote. Jusaf suplicó tristemente que se suspendiese la ejecución por dos horas, lo cual se le negó. Al fin, con gran repugnancia, le concedió el oficial que acabase aquel juego; pero antes que se concluyese, llegó un mensajero con la noticia de la muerte de Mehemed, y la unánime eleccion de Jusaf á la corona.

Ferrando, conde de Flandes.

Tenía la costumbre de divertirse jugando al Ajedrez con su mujer, y siendo constantemente batido por ella, se tomaron un aborrecimiento mutuo que llegó á tal extremo, que cuando el conde fué hecho prisionero en Bovines, ella le dejó permanecer largo tiempo en la prision, aunque fácilmente podía haber conseguido su libertad.

El coronel Stewart.

Jugaba frecuentemente con Lord Stair, que era muy apasionado de este juego; pero un mate imprevisto le llenaba de tanta cólera, que repentinamente tiraba á su adversario un candelero, ú otra cosa cualquiera que hallase á mano, por cuya razon el coronel siempre tenía cuidado de ponerse de pié, y echar á huir al ángulo mas distante de la pieza, cuando decía:—"Jaque-mate, Wilford."

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

NAPOLEON.

Todos los hombres tienen en general cierta tendencia á creer en el destino, y á buscar anuncios y profesías de lo que ha de suceder, hasta en las cosas mas insignificantes. En prueba de lo que adelantamos, y para demostrar que es una costumbre nacida de aquella tendencia, extractaremos en pocas líneas lo que dice la Crónica de París sobre *Napoleon*. Sin duda que no fué un ignorante el que escribió el artículo, y eso mas obra en favor de nuestro pensamiento.

Aquel nombre propio, dice, se compone de dos palabras griegas que significan *Leon del Desierto*; este mismo nombre, ingeniosamente combinado, presenta una frase que ofrece una singular analogía con el carácter de aquel hombre extraordinario.

- | | |
|---|-----------|
| 1 | Napoleon. |
| 6 | Apoleon. |
| 7 | Poleon. |
| 3 | Oleon. |
| 4 | Leon. |
| 5 | Eon. |
| 2 | On. |

Quitando la primera letra de esta palabra y en seguida la de cada una de las siguientes, se formarán seis palabras griegas, cu-

ya traduccion literal, en el órden de los números designados, es: *Napoleon, siendo el leon de los pueblos, iba destruyendo las ciudades.*

MARIANO

6

LA EDUCACION.

DUODECIMA PARTE.

El cajista que imprimió la última Cartera, mas bien que el pobre Moro, acabó la undécima parte de esta interesante cuanto importantísima historia; y con la cola que no cupo, y algunos otros fragmentos de su manuscrito que ha podido arreglar, hete aquí formada la duodécima, que será algo enanita; pero ¡cómo ha de ser! no todos pueden ser gigantes: así como así, si estos capítulos de Mariano se asemejan en algo á los hombres, hay de estos tan lindos, tan chiquitos, y con la lengua tan espeditiva, que da gloria oírlos. Al caso pues, y dejémonos de prosa, pues habrá lector que sospeche ser todo esto forraje para ganar tiempo y ocupar papel.

Mariano iba desenvolviéndose y formando tal matalolaje de costumbres de allá y acá, como ya creo haber observado, que era un ser incomprensible; pero entendía por fin bastante bien el modo de divertirse en el país: frecuentaba algunas casas cuando era posible visitarlas, tenía amigos, había experimentado toda la habilidad *coquinaria* de Mr. David; y en una palabra, ni había teatro donde no estuviese abonado, ni sociedad filarmónica, de baile, &c., de que no fuera suscriptor: es fama, que oró perfectamente algunas oncejas roñosas que conservaba D. Vicente, y que D.^a Marcela le daba de escondite mas que hubiera querido su marido, mas que debiera para el bien del mismo muchacho; pero ¡estas madres son tan bondadosas...! Creo que si sus hijos le pidieran veneno, veneno les habían de dar por complacerlos; y peor que veneno es

muchas veces lo que les facilitan, creyendo que los complacen, y que contribuyen á su felicidad.

Es lástima sin embargo, de que acordándose entonces de lo que él había visto ú oído en Europa, volviere con frecuencia á su manía favorita de deprimir todo lo presente y exaltar aun lo mas mezquino de por allá, efecto indispensable de su educacion, y tambien de este prurito pueril que tenemos todos los hombres de mostrar alguna superioridad sobre los demás: nos quedamos tan ufanos cuando podemos decir á otro: "de eso no sabe V. lo que yo; eso que lo deja á V. admirado, yo lo he visto infinitamente mas pasmoso! Nuestro amor propio es de tal condicion, que aun los males pretendemos haberlos sufrido mayores, mas atroces; en fin, hasta en el vicio, hasta en la maldad misma, nos jactamos de que nadie nos ha excedido. Los tontos exageran esta propension, como lo sacan todo de quicio, y esta flaqueza no es lo que contribuye menos á hacer empalagosa la sociedad de muchos hombres, si al mismo tiempo que han recojido conocimientos y experiencia en sus peregrinaciones, no adquieren el tacto conveniente para no venir á deslunbrar á los que no tuvieron la suerte de mirar hácia objetos tan luminosos como los que á ellos les ha prestado por casualidad un vapor ó una silla de posta.

La ópera italiana que acababa de aclimatarse en este suelo, ocupaba vivamente la atención de todos, porqué el placer que se recibia era mas inesperado: jamás se habia oído un conjunto de cantantes de un mérito tan notable, y sobre todo, de un efecto mas completo en su reunion; por eso el que no habia corrido otros países, el que no habia visto otra cosa que la que se nos proporeionaba, celebraba modestamente y aun con entusiasmo si se quiere; porqué las primeras impresiones son siempre poderosas, y nuestra admiracion con respecto á las obras del arte y aun á las mismas de la naturaleza, está siempre en proporcion de nuestros conocimientos y experiencia. Mariano entonces tenia cuidado de decirle que no valia nada lo que tanto le agradaba, que *no habia sentido comun* en todo aquello que parecia mas extraordinario, y que Mr. tal y la Signora cual, y este otro allá de un apellido muy difícil de pronunciar y poco menos que habitante de la luna, eran los sujetos dignos de oirse en la materia, y que todo lo demás era la escoria. Este tonito y estas contradicciones le iban adquiriendo si no el odio, al menos el desprecio de las tres cuartas partes de sus conocidos; porqué todo lo podemos soportar, menos que se

aje nuestra inteligencia, nuestro gusto y nuestro valor; el que cede en estos puntos, vale efectivamente muy poco, aunque todos no valgamos nunca ni la mitad de lo que pensamos.

Tratábase una noche en el café de la Lonja (cuidado que ya había dado la oración, pues Mariano no concurría hasta aquella hora á aquel paraje) entre varios amigos, sobre lo duro que era silvar á un pobre actor y quizás destruir su bien estar y su reputacion por espíritu de partido y casi siempre con precipitacion é injusticia: un artista va perfeccionándose progresivamente, lo mismo en el teatro que en las demás artes; es necesario aconsejarle, guiarle con oportuna y moderada crítica, alentarle con aplausos juiciosos y con elogios proporcionados que sirvan de galardón y aseguren al que aspira á la perfeccion, de que tiene aciertos; y aturdirlos con una desaprobacion ruidosa, suspender su ímpetu en medio de la carrera, desconocer sus adelantos y sus mejoras, es extinguir al nacer una luz que quizás llegaría á ser brillante. Tales eran las reflexiones de un hombre modesto que pasaba de sus cincuenta y que con mil trabajos había podido lograr que se le oyese por entre la vocinglería y clamorosas disputas de una porcion de jóvenes que se empeñaban en tener razon contra viento y marea.

—Sr. D. Ruperto, (este parece que era el nombre del que acababa de hablar,) dijo un hombre brusco y que se espresaba con cierto desenfado: yo sé que alguno que otro actor estará en el caso de lo que V. ha observado; pero en general, lo que quieren es que vaya gente, y que aplaudan ó silven: me acuerdo de una anécdota que me contó un oficial amigo mio, tratándose de este mismo asunto. Estaba su regimiento en cierto pueblo no muy considerable, de cuartel, cuando se presentó por allí una de estas compañías que llaman en España *de la legua*, y cuya organizacion y equipo es regularmente una ignominia del arte y un motivo de risa para las gentes. Presentáronse en un sobrado ó larga encrucijada del meson, con unas ridículas cortinas y con una iluminacion aun mas ridícula: la orquesta estaba compuesta de dos guitarras, macho y hembra, (llámolas así porqué la una sonaba muy grave y la otra muy alta,) y además un chillon violin que nunca estuvo acorde con los guitarrones, ni aun siquiera á compás: con estos preliminares, sin mas espectadores que los oficiales, y exactamente alguno que otro del pueblo, se corrió la cortinilla, y he aquí que aparece una dama de cincuenta años, con bigotes como un grana-

dero, con dos dedos de colorete y unas plumas de gallo en la cabeza, haciendo de chica de quince: los oficiales soltaron todos la carcajada, y el coronel, á pesar de toda su gravedad, no pudo mantener tan fruncidas las cejas como de ordinario.—Todo lo demás de la representacion era igual, y los otros actores, de menos habilidad y aun mas estrambóticos que la misma dama: por lo que prorrumpió aquella juventud bulliciosa en tales gritos, palmadas y silbidos, que con dificultad pudo llegarse al *aquí acaba la comedia, perdonad sus muchas faltas*: todo el mundo salió de muy buen humor, menos el coronel que imaginó, no sin razon, que aquello había sido un escándalo; y así es que prohibió á sus oficiales concurrir á otra representacion si habían de silvar á cómicos que de puro malos eran *insilvables*. Los oficiales se confabularon, y no permitiéndoseles divertirse á su modo, resolvieron no asistir á ninguna otra funcion; así es que los pobres cómicos representaban á media docena de palurdos, al coronel que con su estado mayor y otros machuchos iba á fastidiarse solemnemente, por no tener otra cosa que hacer, y alguna que otra persona regular de lo principalito del pueblo: en tal conflicto, muertos de hambre, y olvidando todas las glorias del arte, dirigió el autor (que es como se llama á el director y apoderado) el siguiente memorial al inexorable jefe que por respeto al buen orden les había metido el hambre por las puertas:—“Sr. Coronel—El autor de la compañía ambulante de artistas alumnos de Talía, á V. S. con todo respeto espone: que habiéndoles caído tan en gracia á los Sres. oficiales de su digno mando, los chistes y habilidad de los referidos alumnos, que apenas los divisaron, ya esclamaron con tan vivos aplausos, que no faltaría quien los hubiera tomado por una continuada y furibunda grita; y que habiendo V. S. ordenado (muy sábiamente á la verdad, pero con gran menoscabo del vientre del que representa y de sus poderdantes) que dichos Sres. oficiales no manifiesten su admiracion y entusiasmo por el mérito relevante de los tales alumnos con tanta energía; estos Sres. han dejado absolutamente de concurrir, y los que representan han dejado de tener admiradores, y lo que peor es, Sr. Coronel, han dejado tambien de tener que comer: en tal conflicto—A V. S. rendidamente suplica se sirva permitir á los dichos Sres. oficiales que aplaudan, griten ó rubien, como les cuadre, incluso tambien el derecho de tirarnos medias naranjas (allí no se estilaba arrojar *corone de paglia con sonanti*) y todo lo que tengan á bien, con tal de que vengan, esto es,

con tal que paguen á la puerta; mas claro, con tal de que nosotros tengamos la dicha de llevar pan á la boca: espera esta gracia, &c."

—¿Y qué sucedió? preguntaron los muchachos con impaciencia.

—Que el Coronel dió carta blanca á los oficiales, y estos como hombres de honor y generosos, se dieron prisa en acudir, y aplaudían aun las cosas que menos lo merecían; y los cómicos lograron su fin, pues su gloria no era lo que mas les ocupaba.

—Pero amiguito, interrumpió D. Ruperto, V. no querrá comparar á sus alumnos con otros actores, con otros artistas....

—Si he de decir la verdad, respondió vivamente el nada mirado criticon, para mí de noche todos los gatos son pardos; si llevan dinero, lo mismo son los Talmas y los Garrik que mis alumnos, supuesto que V. los llama así; cuando ya es especulacion, el conato de la gloria, desaparece ante el del dinero; y si para conseguir este es necesario sacrificar aquel, nadie escrupuliza: este es el origen de todo ese charlatanismo de los artistas, de esas funciones *colosales*, de esos anuncios *por cuanto vos contribuisteis*, de los periódicos, y de los *amigos de la ilustracion*, de los *abonados*, de los *imparciales*, y de toda esa gente que nos promete montes de oro en cambio de algun poquito que nosotros vayamos soltando á la puerta. ¡Y luego se me viene á hablar de gloria! Me parece V., Sr. D. Ruperto con sus ilusiones, como los que en este siglo positivo y macizo, nos aturden con su virtud desinteresada y pura que no existe sino en sus aforismos, y luego se abaten hasta el polvo por recoger alguna mezquina cantidad: la gloria como se ha dicho ya de la metafísica, es una bombita de jabon como las que hacen los muchachos soplando por un canutillo; tratan mucho de ella los artistas, en razon inversa de como se maldice del interés entre los ecléticos de nuevo cuño.

—No me persuadirá V., sin embargo, dijo D. Ruperto, que esos hombres estrordinarios que hemos visto sobresalir en las artes, han hecho todos sus esfuerzos unicamente por las grandes sumas con que á veces se ha premiado su divino talento.

—Ellos habrán hecho los esfuerzos por lo que V. quiera; pero lo cierto es que tomaron muy bien su dinero, y que disputaron su precio como libra de peras; y si esto no es obrar por interés sino por gloria, venga Dios y véalo. Por otra parte, Sr. D. Ruperto, contrayendónos á los actores que son los que primero nos sirvieron de tema, jereee V. de buena fé que la reputacion de muchos de ellos se funda ni en sus desvelos por la gloria, ni en su mérito

real? Pues no señor: cuatro mentecatos se apandillan porqué les agrada la voz ahuecada y el manoteo de tal actor: un periodista exalta hasta las nubes con merecimiento ó no, á un actor ó actriz, á un cantante ó una cantante; mas para eso los diamantistas montan magníficos alfileres: otros tantos bobalicones, cayéndoseles la baba, se enamoran de las cejas negras, de los ojos azules, ó de los piés ligeros de una de esas ninfas; y esto basta para proclamarlos y sortenerlos contra el primer malandrín que se les oponga, y á fuerza de gritos, de coronas triunfales, de versacos muy tontos, pero muy hiperbólicos, logran persuadir al gran número de que el objeto de su celebridad es un portento nunca visto, y que todo debe ceder á su presencia. Esta es muchas veces la fama, aquí y allá, y en todas partes, porqué todo el mundo es Popayan, y si en mi casa cuecen habas, en la agena á calderadas.

—Viva, dijo un monigotin con pelo de Judas, aunque muy atuizado, con sus gafas de oro y muy apuesto: viva el nuevo Sancho Panza: yo pienso como V. en la mayor parte de lo que ha dicho, pero no en todo; no, no con cien leguas; es menester que me exceptúe á los cantantes, en estos no hay gato por liebre.

—Calle, calle; dijo el criticon: ¿se olvida V. de aquella nube de *primi tenori* que nos condujo de la Ausonia el Cocodrilo? No había allí quien decía muy pomposamente que daba el *si de pèto* porqué arrojaba un grito que aturdía al universo? Sr. D. Nicasio, (creo que era el nombre de el del pelo rojo,) soy capaz de sostenerle que entre los cantantes aun es peor todavía que en los que no cantan; y sobre todo, habia de costarle á V. mucho trabajo probarme que es todo puro desinterés, y que la gloria solo anima á la prima donna a quien no bastan cien mil francos de sueldo y dos beneficios.

—Por mas que aparezca á primera vista que V. tiene razón, replicó D. Ruperto, no es así amigo; un grande artista exige una gran recompensa, porqué necesita de grandes sacrificios por llegar á aquel grado de perfección, y sobre todo porqué el genio no tiene precio; exigir que porqué se sobresale en las artes se ha de hacer una completa abnegacion de sí mismo, es mucho pedir, porqué al fin Miguel Angel, Manuel García, Talma y Bellini, comían y vestían y eran de carne y hueso; y el público al admirar sus asombrosos trabajos quería recompensarlos, y ese valor material que se les daba, era una débil parte de la recompensa á que se habían hecho merecedores. Tomando V. ejemplos poco nobles, y no tan frecuentes como se figura, imagina que el artista no tiene

por mira mas que el sordido interés, ¡pero cuántos truecan los empleos, las dignidades mismas, la perspectiva de una gran prosperidad, por cultivar las musas? No seamos injustos, ni queramos apagar en el corazon del jóven que se arroja á esta carrera, la llama noble que lo enciende, si no intentamos con un *positivismo* el mas prosáico, como diría un romántico, extinguir la luz misma de la ilustracion y de las artes; no disputemos pues su recompensa, porqué tales cosas no tienen precio, y si vemos al artista que aspira á ella, si pide mucho, no es por codicia, es tambien por gloria, porqué cree que es aquel valor debido á las inspiraciones de los genios; ¡y qué clase de hombre sería, qué clase de entusiasmo le animaría si no conceptuase este valor el mas grande?

—Es cierto, dijo el rojillo, ruin es quien por ruin se tiene.

Alá solo es Alá, y Mahoma su profeta! esclama el Moro al terminar esta duodécima parte. Loado sea el Señor por la caridad evangélica con que un cristianillo procura echarme abajo las quijadas sin decir oste ni moste, y sin mas razon que la sin razon que no tiene razon; pues no faltaba mas sino que en estos tiempos que se corren se metiera un *arrempuja-críticas* á dar razon. En recompensa de tan buena obra, declaro para su edificacion y consuelo, que mi historia de *Casandra*, quiero decir, de *Mariane*, principia ahora; que seguirá progresando si Alá le permite, y que terminará cuando tenga su fin: que entretanto el buen cristianillo puede tomar su partido, y si padece de *insomnios*, leerla como un excelente *soporífero*; pero si no puede soportarla por *cansada*, la pase por alto, como harán infinitas brenas almas con sus *excelentes* producciones, bajo el supuesto de que aunque la Cartera muriese, puesto que todos somos mortales, de cualquiera enfermedad, inclusa la de patada de asno, muerte de las mas tristes; Mariano sacaría la cabeza por otra parte, y D^a Marcela charlatanearía, y D. Vicente refunfuñaría y Emilio doctorearía como siempre.... y sin olvidar tampoco las descripciones de las guarda-rayas que sé agradan infinito á este cristiano, ó á otro tan cristiano como él.



SECCION CUARTA.

POESIA.

El Poeta.

I.

En tanto que él mundo velado en su sombra
Nos hace en el lecho dormir y soñar,
Vagar solitario le es grato al poeta,
En vírjenes montes á orillas del mar.

Y si es donde el monte vecino á la playa
Sus pinos gigantes se ven descollar,
Lucir las estrellas, bullirse la arena,
Los ramos mecerse, las ondas sonar.

Entonces no es hombre que huella la tierra,
Es genio que habita celeste region,
Es arpa sagrada que suena en las nubes,
Proféticos himnos sus cánticos son.

Entonces la tierra parécele un punto
Opaco, invisible, la mera ficcion,
Y vé entre los astros su sien coronada,
Con verdes olivas del monte Sion.

Mira de allí sin temor
 Este mundo engañador,
 Y advierte que es una feria
 De falsedad y miseria,
 De tormento y de dolor.

En aquel azul espacio
 Dos entes por celeridad
 Solos disfrutaban salud,
 Pisan globos de topacio
 El poeta y la virtud.

Tiene de virgen figura
 La virtud resplandeciente,
 Que nadie hará su pintura
 Mas perfecta y elocuente
 Que una mujer cuando es pura.

El poeta es un aliento
 Que vá de la gloria en pos,
 Su existencia es un tormento,
 Pero su inspirado acento
 Es emanación de Dios.

Llora la suerte fatal
 Que en esta vida le toca,
 Esclama: "¡Infeliz mortal!"
 Y se escapa de su boca
 Un vago cortado "mal...."
 "¡Maldición!" iba á seguir,

Pero un trueno le sujeta:
 "No ultrajes á Dios, poeta;
 Tu misión no es maldecir."—P.

En la Catedral de San Pablo.

Londres, Junio de 1838.

I.

Allá entre las nieblas que al Támesis cubren,
 El cielo envolviendo en su oscuridad,
 Soberbio edificio mis ojos descubren
 Con torres insignes de gran magestad.

Su cúpula hermosa diviso á lo lejos
Que adorna luciente dorada una cruz,
Y en ella tocando del sol los reflejos,
Imita de un astro la plácida luz.

Aquel es San Pablo, la iglesia famosa,
Que lleno de orgullo señala el inglés,
Si mas que ninguna solemne y hermosa
La suya el Romano llamara tal vez.

Así yo diciendo, la vista aun tenía
Clavada en las torres y cruz sacrosanta,
Y andando entre tanto, la senda seguía
Que á verlas de cerca guiara mi planta.

Llegando al recinto do se alza imponente
Cercado de tumbas el santo edificio,
En número inmenso cruzaba la gente,
Y espléndidos coches con pompa y bullicio.

Luciendo sus galas, y blondas, y encajes
Hermosas mujeres pasaban veloces,
Y muchos magnates con cien y cien pajes,
Pendientes do quiera del amo á las voces.

II.

Y en medio á tanto pasante
Que allí agitado cruzaba,
Ninguno la frente alzaba
Por contemplar un instante
La que tuviera delante
Magnífica Catedral.

Que solo con ansia ardiente
Las miradas se fijaban
En las tiendas que encerraban
Los tesoros del Oriente,
Y que al pueblo alucinaban
A través de algun cristal.

III.

Tambien yo volví un momento
Al vidrio aleve mi vista,

Mas donde para mil otros
 Hermosas flores lucían
 Y gasas solo y perfumes,
 Plugo á mi suerte enemiga
 Que yo mirase la imágen
 Atroz de la muerte impía.

Mas allá de aquellas sedas
 A los cristales unidas,
 Mas hondos que los demás
 Queriendo lanzar mi vista,
 Súbito hallé reflejadas
 Las tumbas y losas frías,
 Que ante el vestíbulo estaban
 De aquella iglesia bendita.

Escarnio, ironía, infamia,
 Ensueño de fantasía
 Me pareció aquel contraste
 De la muerte con la vida.

¡Mirar en un mismo espejo,
 Y entre ruido y alegría,
 Un cementerio desierto
 Y una feria concurrida!

Ver los mármoles inmóviles
 Con tristes letras escritas,
 Y cual fantásticas formas
 De aparicioces impías,

Raudas pasar eclipsando
 Las mismas tumbas tranquilas
 Cien y cien mujeres bellas
 Cubiertas de pedrerías...!

Tambien tú sacro edificio,
 San Pablo tambien se miran-
 Tus duraderas columnas
 Tus elevadas cornizas

Entre vidrieras mezcladas
 Con plumas y sedería;
 Mas pasarán todas esas
 Glorias y pompas de un día,
 Y tú quedarás reinando
 Tal vez entre mil ruinas...!

Pero ¡ay! llegará también
 El día en que destruidas
 Esa cúpula soberbia
 Y esas columnas corintias
 Solo ofrezcan á la mente
 Del mortal estremecida
 Memorias mil de grandeza
 Imágen de gloria efímera
 Entre las quebradas piedras,
 De ramajes circuidas
 Podrás ver quizás sentado,
 En el rostro la agonía,
 Algun hombre de otro siglo,
 Y de alma contemplativa,
 Gozándose en el sublime
 Que en tu quietud hallaría,
 Quietud y calma que solo
 A ratos interrumpidas
 Por el susurro del viento,
 Le retrazará los días
 En que mil coros divinos
 De jóvenes repetían
 Sacros himnos que la bóveda
 Inundaban de armonía.
 Y mirará los sepulcros.
 Quizá las estatuas mismas,
 De los héroes que ilustraron
 La Británica marina,
 Elliot allí, Collingwood,
 Abercrombie, y Howe que un día
 Junto al Delavar lidiando
 Con heroica bazarria,
 De Washington inmortal
 Fué el ilustre antagonista.
 Dervís allí, Picton, Moore
 Que en la Española Península
 Pereciera derrotando
 De los franceses las filas.
 Allí Nelson, ¡nombre ilustre,
 Alma grande y atrevida,

Cuyos hechos inmortales
 Y hermosa biografía,
 Serán siempre admiracion
 Y formarán las delicias
 De todo inglés cuyo pecho
 Al nombre de honor palpita.

Cual héroe, ¡oh Nelson, triunfaste
 En mil contiendas reñidas,
 Cual héroe á tu patria honraste,
 Cual héroe mi alma te admira:

Mas nunca olvidar pudiera
 Que en tu ambicion de conquistas,
 Contra mi querida patria
 Enderezaste tus miras.

Y á Santa Cruz de Tenerife
 Que en tranquila paz yacía,
 Dirigieron tus bajeles
 Sus tremendas baterías.

Mas no dió el lauro á tu frente
 La victoria en aquel día,
 Que la guardaba á los buenos
 Que su patria defendían.

Triunfó Santa Cruz—¡qué mucho!
 Su causa era de justicia,
 Y jamás un pueblo libre,
 Que honor y valor respira,

Cedió al poder y violencia
 De invasiones enemigas.
 Así mi patria con gloria
 El timbre grangeó de invicta,
 Gloria inmortal. pues el nombre
 De Nelson en ella brilla,
 Y con la gloria del héroe
 La de mi patria vá unida.

R. Murphy.

SECCION QUINTA

VARIETADES.

La Joven de la flecha de oro.

IX.

Como estás hecha á querer
Desde que sabes andar,
En faltando á quien amar
Te vernás á aborrecer.
Segun esto podrás ver
Si eres niña y has amor,
Qué harás cuando mayor?

ROMANCE ANTIGUO.

El día y la noche que se siguieron á la del baile y pérdida de la aguja de oro, fueron de verdadera crisis para Paulina; pero de ahí adelante con excepcion de una que otra escena que contaremos, no volvió á correr su existencia con la misma mansedumbre que al principio. A ello contribuyeron y no poco los continuos paseos en carruaje por estramuros, las visitas de noche, las asistencias al teatro; pues era temporada de ópera, y á la madre, nada amiga de salir, le entró de repente la manía de no abandonar el quitrin, y á Paulina por ser la mas jóven nunca la dejaba en casa: sobre todo, dió la casualidad de no toparse en ninguna parte con Jacobo.

Sin saber porqué, ella temía mucho la vista de este jóven. No pensamos que naciera su temor del rubor que naturalmente experimenta una doncella al sentirse inclinada hacia un hombre, del cual huye porqué no le sorprenda en los ojos el secreto: mas bien nacía de verguenza, por haberle dicho con una accion poco discreta, cosas que no quisiera ni debiera decirle. Porqué si en efecto nada le dijo con salir á la danza sin esperar á que él se lo suplicase, ella creía que sí, y su hermana Orocía se lo persuadió.

Estas dos señoritas; por causas que sería háрто obvio referir, no estaban en estado de pesar la crítica situacion de Jacobo la noche del baile en la Habanera. Seguramente que no se aprovechó de ningún descuido que viera en Paulina. No hizo mas que cumplir con las leyes de un cumplido caballero, que por otra parte deseaba ardientemente bailar en su compañía. A conocerle mejor entrambas hermanas, nunca hubieran pasado á creer que él se jactase ó vanagloriase entre los amigos, de un favor que en los bailes se dispensa al primero que llega.

Con todo, preciso es que confesemos que Paulina nunca estuvo conforme en que había procedido bien con Jacobo: y este fué precisamente el origen de todos sus disgustos y pesares.

Después de la alta muestra de aprecio que le dió prefiriéndole notoriamente á todos los que antes de él la habían invitado, venía muy mal su desdén ó indiferencia. A ella misma no se le ocultaba; tanto mas, cuanto que aunque la noche anterior le había pedido una danza en su casa, á nada se comprometió, y además si no hubiese querido esperarle, tenía en su mano la disculpa de que llegó tarde. Cambio tan súbito y peregrino fué el suyo, que no pudo menos de herir la imaginacion del jóven, tomando de ello un grande sentimiento: lo cual induce su mucha candidez, pues otro que él hubiera encontrado en ese mismo proceder, la prueba mas inequívoca del naciente afecto de la doncella.

Porqué si en el fondo había procedido con toda inocencia ¿á qué asustarse luego tanto? Si poco antes le había dado pruebas de notoria deferencia, ¿á qué la dura negativa de salir otra vez con él á la danza? Claro es que á sentirse mas tranquila su conciencia, no hubiera tenido empacho en concederle igual favor en la subsecuente contradanza que se bailó y que hubiera combatido con mayores fuerzas las sospechas de Orocia. Débiles é indiferentes sospechas, que pudo destruir con solo que refiriese la fina y mesurada conversacion que le tuvo Jacobo, por donde se echaba de ver su discrecion, incapaz por otra parte de pensar mal de nadie, y de una doncella de la calidad de Paulina mucho menos.

Si esta hubiera tenido con Jacobo otra entrevista como la del baile, es probable que le perdiese el miedo, y que Orocia le hiciera mas justicia. Pero no sucedió así. Y esta que parece pequeña circunstancia, decidió del destino futuro de Jacobo y Paulina, segun veremos adelante. Pues ya es casi de necesidad que

unamos estos dos nombres, si hemos de escribir la historia de la *jóven de la flecha de oro*.

Cuando mas ajena estaba ella de él, he aquí que una noche al salir del teatro principal, le pareció distinguirle en medio del confuso tropel de hombres que concluida a diversion se de tienen de ex profeso en el átrio para ver bajar las señoras. Comunícale al momento la especie á su hermana Orocia; pero por mas prisa que estas se dieron en volver la cara, ya el otro había echado á andar, y no le fué posible verle mas que la espalda. Sin embargo Orocia dijo: —No creo que sea Jacobo, porqué hubierá ido á saludarnos al palco.

—Quizás no haya entrado.

—Todavía lo pongo en duda: pues si nos ha visto salir, nada le escusa á mis ojos de no llegarse á hablarnos, ya que no ha sido hombre para volver por casa, cuando tú sabes que papá se la ofreció con toda franqueza.

—Ya: tal vez esté sentido con motivo de lo que acaeció aquella noche en la Habanera, y si es por esto por lo que él no ha seguido visitándonos, creo que tiene razon.

—Yo no se porqué te empeñas en disculparle.

—¿Conqué yo lo disculpo ¡he!

—Al menos lo pretendes.

—Yo no hago otra cosa que decirte las causas que creo le asisten para huir nuestra presencia, si es que la hay; porqué él no es tan descortés é incivil como todo eso.

—Luego es preciso que te convenzas que el jóven que acabas de ver no es Jacobo, sino algun otro que se le parece mucho, ó no se le parece, que todo es posible.

—Puedo haberme equivocado. Sin embargo, juraría que ví su frente, sus ojos, su cabello negro y crecido, aquel aire pensativo y melancólico que le es peculiar;... señor, todo. Para mí era Jacobo, ó el diablo en su figura.

—Mas bien eso, repuso Orocia con sonrisa irónica, mirando á su hermana de medio lado, como admirada de oirla.

Este diálogo que tuvo principio en las puertas del teatro y que continuaran entrambas hermanas en el carruaje, no se hubiera interrumpido tan pronto, segun el interés que tomaba en él Paulina, á no ser por las miradas y la sonrisa de Orocia. Semejante á todo el que zabulle, que contiene cuanto le es posible la respiración, para mantenerse mas tiempo bajo del agua, sin

ser sentido de quien le persigue; fué recogiendo poco á poco sus palabras y las alas de su fantasía: de manera que cuando llegaron á su casa, ya había cambiado hasta de semblante, no digo del asunto de conversacion que traían. Desde esta noche, mientras se besaban en la frente para irse cada cual á su lecho, hizo ella propósito firme de negar su confianza á su hermana Orocia. ¡Pobrecilla! como si con ocultarse de los demás, se ocultara á su propio corazon que no le cabía en el pecho.

Poco después de haber salido Orocia del cuarto, entró Anacleta trayendo pintadas en el semblante visibles señales de una tristeza, estraña por cierto en su humor, de ordinario alegre; pero tal, que en el largo rato que estuvo desnudando á su Señorita, y preparándole la cama, no desplegó los labios una vez siquiera.

—¿Qué te ha sucedido? le preguntó Paulina, pues no pudo menos de chocarle aquel silencio y seriedad.

—¿A mí? contestó ella con otra pregunta, manifestando toda la sorpresa que experimentaba de ver que su ama sospechara su estado.

—Sí, á tí: paréceme advertir algo en tu cara que me coge de nuevo.

—Pues yo no tengo nada. Esa pregunta estaba buena que yo se la hiciera á la niña.

—¿A mí? repuso ella con mayor sorpresa de la que había manifestado anteriormente Anacleta. —¿Porqué? Acaso echas tú de ver alguna mudanza en mi cara, en mis costumbres, en mi trato para contigo?

—Precisamente venía á quejarme de su cara y de su trato. De su cara, porqué de algunos dias á esta parte, no se ha sonreído conmigo ni dos veces seguidas; de su trato porqué.... á la verdad, niña, ya no soy yo para su merced lo que era antes.

—No acierto á comprender en que te fundas para decir eso. Lo que me parece peregrino, es que asesates contra mí una queja que yo había entablado contra tí. No creo tampoco que en los breves dias que supones, haya variado tanto cual ponderas.

—Eso se figura la niña; pero no hay cosa mas cierta. Desde el baile de la Habanera acá, particularmente, no es la niña ni su sombra.

—¿Me dejas boba! Vamos, tú te chanceas; dijo Paulina sonriéndose en son de meterse en la cama,

--Como esa luz que es verdad, agregó la mulata en tono so-

lemne, indicándole con el dedo la que ardía entre la bomba en mitad del cuarto.

Prestole toda su atencion el ama, y la esclava prosiguió:

—¿Se figura la niña, que yo porqué soy así, de color, y porqué no salgo casi nunca, no conozco las cosas? se eugaña de verdad verdad. Yo veo mucho y sé todo lo que pasa. ¿Cree la niña que yo no adiviné al momento todo lo que trajo la noche que estuvo en la Habanera? Su merced no trajo dolor de cabeza, ni cansancio, ni estropeo, ni sueño, ni nada de eso. Yo no soy boba. la niña trajo otra cosa. ¿Quiere que se lo diga? No trajo mas, que un disgusto....

—¿Yo disgusto, y en un baile! Vamos, quita! no digas disparates.

—Si, señor, un disgusto. Al menos así me lo han contado

—Pues te engañaron.

(A alguno de nuestros buenos lectores tal vez les parecerá un sí es no es dura y firme la réplica de la esclava á el ama; y difícil de creer que esta le contestara con la parsimonia que referimos. Pero es necesario tener presente, que sobre quererse como hermanas, la primera por una de aquellas casualidades que suceden á cada paso, tenía razon en mucho de lo que afirmaba; y la segunda, harto hacía en negar la verdad, aunque sin decir una mentira.—Este no es mas que un paréntesis; la historia sigue adelante.)

—Si no, dígame la niña con quien bailó.

—Te contaré. La primera danza con Jacobo Enamorado.

—¿Y la segunda?

—La segunda... la segunda...¿Con quien, Paulina? Ahora no me acuerdo del nombre del compañero. Le tengo en la punta de la lengua. Un amigo de D. Simon es por cierto el tal.

—¿La niña no volvió á bailar con el niño Jacobo? No?

—No.

—Ya vé sumerced como yo decía verdad: si no tuvo la niña ningun disgusto ¿porqué no bailó mas que la primera contradanza con el niño Jacobo?

—¿Por ventura estaba comprometida de antemano á bailarlas todas con él?

—Yo no lo sé; pero lo que sé es que de resultas de eso, el niño Jacobo ha caído enfermo.

—¿Enfermo! ¿De veras? Y por mi causa? No puede ser. ¡Im-

posible! ¿Quién te lo ha dicho?—Esclamó Paulina, apoyándose en las barras de la cama por no caerse.

He aquí el punto á donde quería venir á parar la astuta de la mulata. Una vez de soltado el tiro y segura de que la bala fué derecho al corazon, trató de escabullirse cuanto antes no fuera que su señorita la pusiera en grande aprieto con preguntas, cuya respuesta no tuvo tiempo de estudiar.

Pues aunque era muy cierto que Jacobo se hallaba enfermo, la causa no la sabía Analeta; en atribuírsela á Paulina, no hizo mas que componer una mentira para sacar una verdad: es decir, si su reserva nacía de que aquel se le hubiese declarado en el baile.

La misma noche de esta escena, tuvo la noticia por una mulata media parienta suya, que vivía en una de las posesiones bajas de la casa de Jacobo. Desde luego hizo ánimo de comunicársela á su señorita. ¿Mas como lograrlo, sin que le pareciese intempestiva, mal y reprehensible? eso mas que así que entró en el cuarto notó su seriedad. El medio mas adecuado, pues, era ponerse tambien seria, fingir pesadumbre en el semblante, cosa de que le preguntaran el motivo; que una vez entablada la conversacion, vería modo de hacerla rodar hasta el punto que le convenía. Y sucedió á la medida de sus deseos, segun se ha visto.

No hay que hacer sino que todo le salía á maravilla. Paulina, ante la nueva de que Jacobo estaba enfermo, y por su causa, no vió otra idea ni quiso ir adelante, espantada su alma de lo que ya sabía y recelosa de averiguar otras cosas que le pesaran mas. De manera tal, que no estrañó que semejante noticia le viniera por conducto de su esclava, la cual era de suponerse que tuviera menos motivos que nadie para informarse de él. Así que en vez de abrumarla á preguntas como ella se lo temía, después de aquellas exclamaciones que naturalmente le arrancó la pena y la sorpresa, cerró sus labios de golpe, y dejose caer en el sillón de donde se había levantado al oír la palabra—enfermo!

Quedaba así averiguado no solo que el joven que ella y Orocia habían visto al salir del teatro, no era Jacobo; sino tambien el motivo de no comparecer por su casa. De consiguiente que las quejas se convirtieron en lástimas. Paulina, sobre no comprender como un desaire, que en la apariencia no fué desaire, podía causar una enfermedad á un hombre de la robustez de Jacobo, se devanaba los sesos, pensando en las resultas y en los

compromisos que le traería su ligero proceder la noche del baile en la Habanera. Proceder cuya culpa las mas veces estaba propensa á echar sobre su hermana, y pocas sobre sí. Y por este camino deleznable y misterioso, fué resbalándose su pensamiento hasta el punto de preguntarse á sí misma:—si aquella zozobra y aquel cuidado que se despertaba á deshora en su seno, era obra del amor, de la compasion que es su prima hermana, ó del empeño en que una rara casualidad la había puesto. Del amor, pensó que no, porque no sabía á derechas que cosa fuese: de la compasion, tampoco, porque afortunadamente el mancebó no estaba en ese estado: mas bien, compromiso de baile, delicadeza de sociedad, lances y circunstancias que se reunen á las veces, para ligar y obligar á dos personas que casi ni se conocen. En llegando aquí reflexionó que en realidad de verdad nada le debía; que no estaba comprometida con él á mas de una danza y la bailó; que sus males debían de proceder de causas cuyo origen era difícil penetrar, si no imposible; en fin, que á la mulata la habrían informado mal. Al cabo, siendo ya tarde de la noche y sintiéndose mas tranquila y sosegada, pasó á la cama, metiose en ella á espacio, y buscando con los ojos los de la mulata que roncaba á pierna suelta, vino el sueño y le arrebató el espíritu á regiones desconocidas del hombre terreno.

La luz de la bomba, que ardía en mitad del cuarto, tambien parece que esperaba este momento para apagarse; porque girando en torno del pábilo dos ó tres veces, de allí á un segundo se desvaneció en el aire como el suspiro de una mujer enamorada.

X.

La existencia de Paulina, nos vemos en el caso de repetirlo, pasadas las escenas que acabamos de referir, volvió á tomar su curso apacible y risueño, propio de la edad que contaba. Hasta la memoria de Jacobo, sombra fugaz que se le interpuso al paso para asustarla un momento, como la caída de un árbol al descuidado caminante, llegó á desvanecerse, si no á borrarse enteramente de su alma. La costura, la lectura, las visitas, los paseos, las diversiones, el amor entrañable que sentía por su familia, la vida doméstica en fin, la ocupaban demasiado, para que morase

en su pensamiento toda entera, y por muchos días, la imagen de un hombre que apareció y desapareció de su vista; casi en un mismo punto.

Además, el carácter de Paulina, antes que melancólico, era alegre y bullicioso: ya lo apuntamos en otra parte; y según aseguraba Anacleto, voto en la materia, mujer de caprichos y rarezas. No es mucho por esto que en la época de su vida que vamos contando, pareciese á algunos de los que la trataban, tan pronto loca, tan pronto cuerda, si sus ideas y carácter iban á sufrir un cambio total.

Sin embargo, en la tierna espresion de su fisonomía, señaladamente en su mirada fija y profunda á veces, á veces incierta y rápida, echábase bien de ver aquel deseo vago, caviloso, sin nombre, que atormenta la imaginacion de las jóvenes del medio día, cuando quieren despertar á la vida de las ilusiones y del amor. Cual si el pensamiento encerrado en la cabeza, aullara de continuo por arrebatarse al cielo: cual si luchara de continuo por romper las espesas nieblas que entre la gloria y la mujer levanta la *educacion* doméstica de nuestro país.

Si, porqué en todos los países puramente comerciales y agricultores, servidos de esclavos, la mujer no necesita de otras prendas, ni virtudes, ni adornos, que los de su casa, para hacer fortuna. Flaca y débil de suyo, además, como no puede entrar á la parte con el hombre cuya ambicion y egoismo las inutiliza y las rechaza de todas partes; lleva una vida ociosa, de retiro y soledad. Tambien las costumbres, hijas de esas ideas, como las falsas de moralidad y honor, que á pesar de tantos años y cambios sociales, nos han trasmitido los muelles árabes, aunque proclamen á la mujer en las plazas públicas reinas de la hermosura y del amor, las condenan á vivir esclavas de sus desapoderadas pasiones en el interior de las cámaras de sus palacios. De este abandono, y de este descuido, nace por consecuencia forzosa que generalmente nuestras mujeres no tengan mas que dos grandes ocupaciones:—el espejo y el amor. ¡Ah! Cuántas que sintieron desde muy temprano arder en su pecho esa devorante llama, no han tenido que apagarla en los brazos de un marido rudo, material, é imbécil? Cuántas que no encontraron en el mundo un alma que las comprendiera, no han caído en el sepulcro tiernas flores, con toda su espiritualidad y sublime poesía? Cuántas otras aburridas del ocio y soledad en que las de-

jaban los hombres, no se han precipitado en el camino del crimen, tras la sombra fugaz y brillante de una ilusión de amor? Porqué desengañémonos; en casi todas las sociedades constituidas al tenor de la cubana, la mujer por lo general, es el poeta y el mártir; el hombre pocas veces es mas que el hombre!

Por fortuna, Paulina sacó buena índole para encaminar por una especie de instinto hácia santos fines, las dotes de la imaginación con que el cielo la adornó. Su juventud, su afición por la costura con especialidad al bordado; pero sobre todo las honestas costumbres y rígidos principios de sus honrados padres, la preservaron y no poco, de los males que trae consigo la vida ociosa, muelle y regalada. En su seno es claro que existía el germen precioso de un inmenso amor, de una poesía y espiritualidad sublimes. No faltaba mas sino que la diestra mano de un hombre generoso, removiese un poco la tierra, para que brotaran con todo su vigor y lozanía. Pero esta mano demasiado ruda, en vez de quitar, echó encima doble cantidad de tierra, y aunque al fin brotaron las plantas, siempre fueron tardías, desmedradas.

Por aquella época, su familia, que de tiempo inmemorial moraba intramuros, ocurriole trasladarse extra, y lo puso por obra al acercarse la semana mayor: es decir, allá á los 12 del mes de marzo. La casa que tomaron estaba situada en el barrio de la salud, á orillas de la Zanja, á la que hacia frente. Era de bastante capacidad: tenía hermoso jardín, azotea, cuartos altos y mirador, desde el cual se gozaba de una vista completa, la mas variada de la ciudad y cercanías.

Como los dos únicos varones de Sifuentes se hallaban fuera del país aprendiendo idiomas, los altos que hemos dicho, quedaron vacíos, y las cuatro hermanas se aprovecharon de esta circunstancia para ocuparlos en los ratos de mañana y de siesta, cosiendo, leyendo, bordando, ó no mas que conversando, pues eran muy ventilados; y no podían tampoco hacerse á la casa baja. Paulina sobre todo, les había cobrado cariño tal, que no desperdiciaba ocasion de subir á ellos, pretestando cualquier motivo; como regar las flores que cultivaba en macetas, huir del calor, del polvo, del ruido, y de otras incomodidades de toda habitación baja en la Habana.

La verdad es que no subía por nada de eso, sino por ver la mar, rico manto de esmeralda orlado de plata; algun barco que surcase las aguas, cual cisne de pecho negro: las elevadas

copas de los pinos del botánico; las torres de la ciudad, recostadas en la Cabaña y el Morro; toda la barriada de la Punta y San Lázaro, el Hospicio, el Cementerio, el Príncipe, y mil suertes de edificios y campos de variados colores. Cosas todas así, que días antes no le llamaban la atención un momento; pero que ahora, sin saber porqué, encontraba un placer indefinible mezclado de cierta melancolía en contemplarlos á solas, horas enteras.

A esta casa, como á la de intramuros, seguía concurriendo D. Simón Alegrías, todas las tardes, no obstante la diferencia de distancias. ¿Creerán mis lectores que en busca de algun rato de plática con Paulina ó alguna otra de sus hermanas? Nada de eso. El no concurría nada mas que á tomarse unas cuantas manos de malilla ó tresillo con D. Prudencio y su esposa, que eran asaz aficionados, y luego se volvía como vino: solo y á pié. En el entretanto las muchachas, aparte enteramente de ellos, formaban sus tertulias entre sí y en union de varias amigas de la vecindad, para cantar al piano habilmente tocado por Orocía, para bailar, y hasta para entretenerse conversando no mas. Paulina de poco tiempo había tornado á su antiguo humor, tan festivo y bullicioso, al menos cuando se hallaba en reunion de otras muchachas; y no poco entretenía y alegraba los ánimos con las gracias del decir y del hablar que poseía por estremo.

Entonces ¿quién era capaz de imaginar que mientras ella así se espaciaba entre las amigas, como el cervatillo sobre la yerba, los pesados ojos y torpes orejas de D. Simón, al través de los naipes habían de seguirla sin perder siquiera uno de sus movimientos, ni palabras? Quién capaz de sospechar, que con aquel rostro de piedra, y aquel aire desmañado é indiferente, había de abrigar en su pecho miras hostiles, si no siniestras, y que tendía redes de oro al incauto pajarillo que revoloteaba sobre las flores?

Porqué es de advertir que desde la noche del baile en la Habanera, dias mas ó menos, él había adoptado nuevo plan de conducta para tratar á Paulina. Ya no se le sentaba al lado, ni le dirigía en particular la palabra, ni buscaba su vista con la decision é interés que al principio. Frio, impasible, reservado, no hacía mas que espiar sus pasos y pensamientos con el mayor disimulo. Viejo é hipócrita, aunque se consumiese por dentro, (que esto es mucho suponer) al verla requebrada por algu-

no de los varios mancebos sus parientes, que visitaban la casa con frecuencia; no dejaba traslucir la menor señal de enojo, ni enfado, é interiormente saboreaba los propósitos mas descabellados de desquite: pues él nunca desesperó de hacerla suya.

Apenas entraba en la casa, era el primero en invitar á Sifuentes y su esposa para que jugasen, cual si por este medio quisiese huir la tentacion de sentársele al lado, y tener que sostenerle una larga plática, en que echara á rodar por un descuido el plan que se había propuesto para rendirla. Paulina, aunque jamás hizo mucho caudal de las atenciones de D. Simon, no dejó de advertir bien pronto su mudanza: pero en vez de recibir enojo por ello, como quizás él lo esperaba, se alegró en el alma y se le reconocía muy agradecida.

Sin embargo, uno de los muchos dias que concurrió, por cierto que era víspera de los Dolores, lo hizo mas temprano que de ordinario. Recibióle en el comedor D. Prudencio, porqué á la sazón su esposa é hijas andaban por los cuartos vistiéndose para asistir á la Salve que debía cantarse aquella noche en Guadalupe.—Una de las primeras en aviarse fué Paulina, é ignorando que su padre estuviese acompañado, salió precipitadamente, con intencion de hacerle alguna pregunta ó pedirle algo; pero al verse allí de improviso con D. Simon, se quedó turbada y muda. Leve sonrisa contrajo los labios de D. Prudencio, el cual le guiñó del ojo á su amigo, como si le dijera:—Mírala ahí, hombre incrédulo y suspicaz; mírala media muerta de solo verte, y confiesa que si eso no es amor, no hay amor en el mundo. No cabe duda sino que Alegrías lo creyó tambien así; porqué puesto en pié, encendida la color del rostro y brillándole los ojos como dos ascuas, se fué derecho á la cuitada jóven, y sin miramientos á su padre, ni á su situacion, la llenó de elogios y de requiebros, que ni aprendidos de memoria una semana antes.

Mas por grande que fuese la turbacion que tan inesperado encuentro causara en el ánimo sencillo de Paulina, no se le escapó ciertamente la sonrisa y la seña de su padre. Y aunque por sus respetos, procuró mostrarse risueña y agradecida á los fastidiosos requiebros de D. Simon, bien se deja entender que no veía el momento de escaparse y que aprovechara el primer claro, como lo hizo. Reflexionando luego sobre el caso, sin darle muchas vueltas, halló que su padre estaba de acuerdo con el

amigo para galantearla; circunstancia que fuera de causarle pesar, no dejó de parecerle peregrina.

Así que, ni la iglesia iluminada y llena de gente, ni la música, ni los cantos religiosos, fueron parte á distraerla, ni hacer cambiar el curso de sus ideas. Porqué en tornando de la calle, con achaque de trasplantar unas flores, pues hacía luna, subiose á las posesiones altas acompañada solamente de Anacleta: todo por huírle á D. Simon y á su padre. Pero ¡ay! cuánto se engañaba la pobrecilla! No por alejarse de ellos se ocultaba mas. Inútiles esfuerzos los suyos para escapar del lazo. Ya era demasiado tarde, y mientras mas batallase y se revolviese, con mayor fuerza se prendían sus alas en la liga.

To lavia con el velo que llevó á la Salve, abrió una de las ventanas que miran al sud, junto de la cual se sentó en un sillón y recibiendo en la frente la pálida luz de la luna que se introducía por las rejiz, dió largas á sus locas imaginaciones. Hasta la mulata tan oficiosa é importuna siempre, parecía dispuesta á respetar al menos por aquella vez, el silencio de la Sta. Luego que puso la luz en la bomba, se echó de bruces sobre una mesa que había en la mitad del cuarto, apoyando los codos en la tabla, y entre las palmas la cara: postura que le venía muy á cuento para dirigir los ojos ya á la ventana, ya á la escalera, como en asecho ó espera de alguno. Con efecto, de allí á diez minutos ó poco mas, asomó por dicha escalera un esclavo de la propia casa (creemos que el calesero Dionisio): llamola por señas, hablole pssito, y luego fuese con la sutileza que subió. Entonces la Anacleta, encaminándose derecho al sillón de Paulina, en cuyo espaldar tomó la misma postura de la mesa.

—¡Qué! ¿La niña va á dormir esta noche con el manton puesto? atreviose al fin á preguntarla, viendo que ella ni se movía siquiera.

—Yo no.—respondió al instante; aunque por el tono de voz, bien se conocía que estaba enteramente distraída.

Y volvió á reinar un profundo silencio entre ambas.

—Mire la niña que le puede hacer daño la luna: añadió la mulata; cuando hubo pasado un buen espacio.

—A mí no: dijo como huyendo de entablar un diálogo importuno con su esclava.

—Le digo que sí, niña mia. Acaba de llegar de la iglesia donde debió de haberse sofocado con las luces y la gente, y el

camino, pues fué á pié. Vamos, venga para acá, y le quitaré el mantón: que no parece sino que le han hecho mal de ojo por la calle. Y sin replicarle palabra, levantose y siguiola hasta el tintero fronterizo á la ventana, en donde había un espejo colocado sobre una mesa de mármol.

—¿Qué significa esto? preguntó Paulina á su esclava, enseñándole un papel doblado en forma de carta que acababa de recoger encima de dicha mesa, puesto adrede allí sin duda con el fin de que ella le viese.

—Yo no sé, niña: respondió Anacleta sensiblemente turbada. Y al mismo tiempo se ocultaba tras de su ama, haciendo que la desprendía el velo, aunque á la verdad sin atinar con la cabeza de los alfileres.

En aproximándose mas el papel á los ojos, convenciose de que era una carta, y que á ella y no á otra de sus hermanas venía dirigida. El sobre decía de esta manera: *A mi señorita doña María Paulina Sifuentes*. La forma de la letra era inglesa, y por su elegancia y soltura, bien se echaba de ver que la mano que la escribió se había ejercitado mucho tiempo en el manejo de la pluma en los escritorios. Volvióla por el anverso: estaba pegada con lacre. El sello tenía dos iniciales; una S y una A, enlazadas; las que en su ofuscamiento tomó Paulina por una J y una E. Por fin, después de haberle dado muchas vueltas entre los dedos sin atreverse á abrirla, encarándose otra vez con Anacleta, dijo: —¿Quién puso aquí esta carta?

—Yo, la verdad, niña, no sé. Quizá Dionisio que subió ahora poco....

¿Con qué fin interrogar así á su esclava? Para obtener siempre respuestas evasivas? Tenía mas que abrir la carta é imponerse de su contenido? Seguramente en aquel lance Paulina no sabía que resolver, ni qué hacerse. El abrir la carta era dar derecho para que le exigiesen una contestacion; que es de lo que ella mas huía. Devolverla cerrada, era un desprecio que repugnaba su educacion como su carácter. Arrojarla ó echarla al fuego sin leerla, valía tanto como aceptar en toda forma los obsequios del desconocido. Entre tantas dudas ¿qué resolver para librarse de todo compromiso, tácito ó expreso? La curiosidad mezclada con la buena crianza vencieron sus escrúpulos; y rompió el sello con la violencia y la fuerza del que después de reflexionarlo mucho, toma una determinacion firme.

A los primeros renglones de su lectura, desengañose que todo se reducía a una declaración de amor, hecha si no con fuego y elocuencia, al menos con la energía que emplea una alma verdaderamente apasionada. Lo cual le hirió de manera que pasando con rapidez por toda la carta, sin enterarse apenas no paró hasta la gran rúbrica, en donde con muy distinto y gruesos caracteres estaba escrito:—*Simon Alegrias*.

Entonces no pudo contenerse y rompió en una carcajada-luego, llamando á su esclava que por prudencia o por precaución se había agazapado tras de una puerta, temerosa de alguna enojo de parte de su señorita, le dijo:—¿Sabes de quien es esta carta? de D. Simon. Admirate mujer. Me dice en ella que se casará conmigo dentro de tres ó cuatro días á mas tardar, como yo lo quiera desde hoy; que me pondrá casa de alto y quitrín, y esclavos, y que me dará cuanto gusto imaginarse puede. ¿Has visto?

—¡Ajá! exclamó la mulata haciéndose toda la nueva y la sorprendida. ¡Miren la mosquita muerta! Quien le vé ahí, tan qué se yo como, había de pensar...! ¿Con qué desea casarse con la niña? eh? ¡No faltaría mas!

—Mira, asómate al balcon y llámame á la niña Orocía para que se ría un poco: le interrumpió Paulina, con el humor mas alegre del mundo—Yo creí que él nunca pasaría de simple galanteador. ¡Pero atreverse á escribirme! ¿Qué se habrá figurado el muy vejete? Porque ya él es un viejo para mí, ¡no es verdad, Anaqueta?—Continuó hablando con ella que ya se iba de la baranda.

—Por supuesto. Dígale su merced que ya es viejo Pedro para cabrero... Ah! dice la niña Orocía que no puede subir ahora.

—Déjalo; yo bajaré.

Y diciendo y haciendo, metiese la carta en el seno, soltó el manton en manos de la mulata, y á toda prisa bajó las escaleras, tan animada y festiva, que nadie que la vio un momento antes era capaz de imaginarse que fuese la misma, ni como se había operado aquel cambio.

XI

Compañero, compañero
casase mi linda mía,
cáse con un villano
que es lo que mas me doña.

Anónimo

Y de manera se obraba esta mudanza en Paulina, que hasta á la mulata, con toda su simplicidad y rudeza, no pudo menos de chocarle y de murmurar por lo bajo, mientras doblaba el manton:—¡Vaya que mi niña tiene cosas de local!

Y en menos tiempo del que lo contamos, ella bajó las escaleras, traspuso el patio y el jardín, y entro se por los cuartos adelante, repitiendo de memoria por el camino las frases de la carta que mas le habían llamado la atencion, y que eran mas merecedoras de la crítica. Y sucedió que yendo así, en ninguno de los aposentos encontró á Orocía: con que tuvo que asomarse á la sala levantando con la cabeza la cortina de la puerta.

Doña Dolores, Carlota y Gabriela, estaban sentadas al rededor de una mesita de caoba, encima de la que había unos naipes esparcidos, y un platito lleno de granos de maíz. Aunque en la actualidad no jugasen, el testimonio de las barajas y el maíz, era una prueba de que ya lo habían hecho: ahora parecia que no mas que platicaban, pero de asuntos serios y secretos; pues sobre no alzar la voz, muchas veces ayudaban sus monosílabos con elocuentes acciones: lenguaje que manejaban las mujeres á maravilla. Orocía desde el sofá, tendida nuevamente, prestaba grande atencion, con los oidos y los ojos, si podemos decirlo así: motivo sin duda para que no se levantara, ni respondiera á los llamados de Paulina, que apeló á las voces, viendo que no hacía caso de sus señas. A las cuales los de la mesa, volvieron la cara casi á un tiempo mismo é interrumpieron la conversacion, y ya por esto, como por no haber visita ninguna, resolvióse y salió á la sala. Pero la gravedad de su madre y hermanas, el haberse interrumpido á su aproximacion, y la indiferencia de Orocía, le quitaron de toda

punto los deseos de zumba que trajo de arriba. Además, cayendo en que ella y no otra era el objeto de la conversacion interrumpida y el blanco de las miradas de todas, no veía el momento de volverse por donde vino. Mas antes de que lo pudiera por obra, Gabriela que le conoció la intencion, dióle con el codo á su madre, y esta dijo, como consultando el parecer de sus hijas.

—¡He! Ya que estamos aquí todas reunidas y solas, bueno será que matemos el tiempo proponiendo cuestiones sobre la eleccion de marido; negocio de tanto interés para las doncellas y en el que todas tenemos la presuncion de acertar, cuando es cierto que la mayor parte nos chasqueamos. Pero advierto desde ahora para luego, que cada una me ha de responder lo que siente, sin rodeos ni detencion:

—Si ustedes se vieran en el caso de escoger entre un marido ignorante aunque rico y que las quisiera mucho; y otro de talento, aunque pobre y que las quisiera tambien mucho, ¿á cual elegirían?

—Yo al primero: saltó Gabriela esparramando una porcion de naipes que tenía en la mano.

—Yo al segundo; dijo Orocía en muy baja voz, tal, que los mas no la apercibieron.

—Bueno es un pan con un pedazo añadió Carlota.

—Eso lleva camino de reflexiones y circunloquios que he prohibido, le atajó la madre. Nada de rodeos: la respuesta pedida; y si no á la otra que hable.

—Advierta usted, mamá, que puesto que no sea mi objeto entretenerme en reflexiones inútiles, tengo que emplear mas ó menos palabras para explicar mi sentir en el asunto.

—Con dos bastan.

—Pues entonces digo, que si no hubiera otro remedio, yo me arrimaria al primero; esto es, siempre que no fuese un tanto de capirote, porqué ya que el amor no dé talento, pule y comunica discrecion hasta á los mas ignorantes.

—Siempre habias le salirte con la tuya, le dijo Doña Dolores; en la testaruda, no puedes negar á tu padre.

Solamente Paulina quedaba por hablar; y segun el aspecto de su semblante, en que á las claras se retrataban el temor y confusion de su alma, no parecia á dispuesta á hacerlo; pero todas sus hermanas y su madre, clavaron en ella los ojos

casi á un mismo punto; lo que valía tanto como exigirle una respuesta; y antes de que lo pusieran por obra de otra manera, dijo:

—Si he de decir la verdad, yo me quedaba sin ninguno.

—Es que no podías dejar de elegir uno de los dos, le replicó su madre con amabilidad.

—Entonces me decidía por el segundo.

—Vamos, comadre, dijo Gabriela sonriendo irónicamente, que esa no es la verdad pura.

—No sé en que te fundas para dudarle, pues no he hecho mas que seguir el parecer de Orocia, que nadie ha tachado de falso. Y hallo además injusto que contradigas solamente mi opinión, cuando nadie ha contradicho la de Carleta, ni la tuya.

—Ya se vé: porqué la mía es mas razonable.

—¿Y la mia, porqué no lo ha de ser?

—Porqué demasiado sabes tú, que ninguna mujer decente en la Habana, come, ni vive ni gasta, con solo el talento y el amor de su marido; dijeron Gabriela y Doña Dolores á la vez.

Paulina, que en estas cuestiones tan inusitadas no veía claro el objeto de proponerlas, y que además tenía sus motivos para esquivar su parecer liso y llano, titubeó un segundo, y dijo luego:

—Como se me exigió una respuesta, la di sin añadir ni quitar cosa alguna, segun lo siento. Ahora se me arguye con que nadie come, ni vive ni gasta, con solo talento y amor: concedo. Sin embargo, séame licito alegar en defensa de mi buena fé puesta en duda, que yo creo que el rico puede, como sucede con harta frecuencia, perder su dinero y quedarse con la necesidad; al paso que el pobre puede hacerse rico ayudado de su talento y de su amor, que nunca se pierde.

—Cuando lo que aseguras, fuera verdadero, repuso Gabriela volviendo a recoger los naipes esparrados, todavía era necesario que lo probaras con ejemplos de personas conocidas que se han hecho ricas con solo amor y talento.

—Ya la cuestion muda de especie, contestó Paulina en su aprieto. Con todo, aunque no pueda traer aquí pruebas materiales, yo he leído en muchos libros...

—En los libros, le interrumpió la hermana alzando la voz y la cabeza de su ocupacion, habrás leído tú mil mentiras, que es de lo que estan plagados.

—Dejemos esa disputa, dijo en aquella sazón la madre con calma, y vamos a esta otra. Supongamos que el necio y rico, quiere un poco; pero es honrado á carta cabal, trabajador, hacendoso; señor, un hombre bueno en toda la estension de la palabra; y el de talento y pobre, ama con delirio; pero aunque honrado, no se le conoce oficio, ni beneficio, y es desidioso, botarate además. ¿Por cual de los dos se decidirían ustedes?

Las muchachas todas callaron, mirándose á la cara las unas á las otras, ya por estar la mayor parte de acuerdo, ya porqué Paulina fuese la primera en responder; mas esta, reclinando la cabeza en el respaldo del sofá, pareció trasportarse con el pensamiento á otros lugares muy lejanos de la sala; y su madre prosiguió:

—Hagamos palpable la idea con un ejemplo de dos individuos conocidos de nosotras. Supongamos que el uno de los propuestos por esposo, es D. Simon Alegrias, y el otro don Jacobo Enamorado.

Gabriela y Carlota se decidieron en el instante por el primero, esponiendo de seguida con bastante calor y elocuencia, las razones en que se fundaban. Orocía no hizo mas que clavar sus hermosos ojos en Paulina, y bajar luego la cabeza ruborizada ó entristecida: á tiempo que esta, sonriendo melancólicamente, con una mano buscaba la carta en su seno, como para ocultarla mas de lo que estuviera; mientras que con la otra dulcemente oprimía la de su hermana querida contra el sofá.

¿Porqué traer allí el nombre de Jacobo? D. Simon le trajo. Aun no poseía el tesoro y ya le aaltaban temores de que se le robasen. El caso pasó de la manera que contaremos.

El dia anterior á la escena antecedente, habían publicado los Diarios de la ciudad, una composicion poética, dedicada á una jóven de ojos azules. Bien que Alegrias nunca tomase el periódico en sus manos para ver la parte literaria, que su curiosidad estaba satisfecha con la mercantil, política y económica, al título de la poesía no pudo menos que detenerse y leerla, pensando como todo celoso, que solamente Paulina podía tener ojos de aquel color. En muy sentidos, fáciles y armoniosos versos, ponderaba el poeta las gracias de la dama á quien le ponía los ojos dichos, el pelo castaño, la frente limpia, la garganta de cisne, el talle esbelto, el ademán bizarro, y otras partes á este tenor que la pregonaban hermosa sobre las hermosas.

añadiendo de paso que la conoció en un baile, que danzó con ella, que le habló desde luego como un amigo antiguo, que se habían tratado en imaginación, bien que aquella fuese la segunda vez que la hablara. En fin, el poeta poco mas o menos decía las mismas cosas que habían pasado entre Paulina y Jacobo la noche de la Habanera, y aunque embozaba su nombre cristiano bajo otro gentil, ó mitológico, D. Simon no necesitó de mas para desembozarle, lo mismo que el de la danza cantada.

Aquella memorable noche en la Tabuerna como la anterior en casa de Sifuentes, aunque pareciese distraído, no dejó de notar Alegrías en el galán que seguía la sombra de Paulina, que danzaba y hablaba con ella, casi con la familiaridad de un amigo: tales eran las secretas simpatías que desde el momento de verse se despertaron en el seno de entrambos jóvenes. Estando con esto, trató luego luego, de informarse de su nombre, calidades y familia; ya por D. Prudencio que poco le conocía, ya por otras personas indiferentes. De todas recabó breves noticias, pero alarmantes. Dijéronle que era poeta, que no contaba con ninguna carrera ni oficio, que le decían Jacobo, mas que su apellido no venía de condes; que había ansiado por algun tiempo el ser presentado en casa de Sifuentes, lo que al fin consiguió la noche en que este celebraba con el baile el bachillerato de uno de sus hijos.

Por todo lo cual, y por otras cosas que no pasaron, pero que su grande madre tuvo el cuidado de asentarle en la cabeza, liose a imaginar D. Simon, no solo que la muchacha estaba prevenida en favor del mancebo, sino que este ya se le había declarado en uno que otro baile. De aquí las razones para mudar de conducta con respecto á ella. Sin descubrirse al amigo, ya porqué era padre y no le sabía bien que duraran así de su hija, ya porqué no le tachara de malicioso y suspicaz, si por caso no salían ciertas sus sospechas, mantúvose en espectralidad, esperando sorprender al joven paseando la calle, ó á la joven pasándole algun aviso. Pero por mucha que fuese su vigilancia, no descubrió ni una cosa ni otra: pues bien ajena estaba Paulina de Jacobo, si este tenía poderosos motivos para no salir de su casa: cuáles eran sus males.

De manera que Alegrías llegó á tranquilizarse del todo

alegrándose de no haberse declarado á nadie, como así mismo de que sus sospechas no hubiesen salido ciertas. Sin embargo los versos que hemos dicho vinieron á revivirlas en su pecho, y tal vez con mayor fuerza, cuando menos lo pensaba: porqué metiéndose el *Diario* en la faltriquera, fué con él y con su queja (aunque disimulada), á dar en casa de D. Prudencio. Este leyó la poesía dos ó tres veces y cuatro para interpretarla; cosa que el otro con toda su rudeza, consiguió en su primera lectura; y se la devolvió luego, negando formalmente que su autor fuese Jacobo, y que estuviere dedicada á su hija. Por lo visto, esto no le satisfizo. Esperó la vuelta de las señoras de la salve, y aprovechándose de la ausencia de Paulina en los cuartos altos, le presentó el *Diario* á doña Dolores, la cual le leyó, comentó y meditó en union de Gabriela, Carlota y Orocía, fallando todas por unanimidad que la joven celebrada no podia ser otra que Paulina, y por consiguiente el poeta otro que Jacobo Enamorado, de quien ya habian leído versos muy semejantes en el estilo.

He aquí en breves razones esplicadas las que tuvo don Simon para apresurar la declaracion de su amor á la muchacha. Valiose de una carta, que puso en manos de Dionisio el caletero, este en las de la mulata, la cual la colocó en la mesa del espejo, por donde llegó hasta la inocente niña: todo, segun se ha referido mas arriba. Dado este paso, en la misma tarde se atrevió á dar otro, cual fué el de prometer á don Prudencio y doña Dolores que dentro de cuatro dias se casaba, como aquella correspondiera su pasion. E incontinentemente se retiró á su casa, cuida losos de los resultados, y en compañía de Sifuentes, el que delegó á su mujer el derecho de esplorar el ánimo de Paulina, con cuyo fin entabló las cuestiones sobre eleccion de marido, que han dado origen á estas reflexiones.

Orocía que estaba en antecedentes, y en las sospechas de la familia, ruborizose de ver el ejemplo de Jacobo traído por su madre, en que notoriamente se rebajaba el mérito de un joven que por su moderacion y talento se atraía las simpatias de todos los que le tratasen una vez. Al paso que Paulina en tristeciose oyendo aquel nombre (frente de gratos recuerdos) á par de otro que le era si no aborrecible, despreciable al menos, acordándose al mismo tiempo de todo lo que había pasado entre ella y él de cuyos resultados se decia que estaba enfermo.

Ignorante de los versos publicados, como de los fines que se prometía alcanzar su familia con aquellas discusiones, respondió al principio guiada enteramente de su corazón. Y á guiarse en un todo por él, de seguro que hubiera desecho las esperanzas de Alegrías, pues sus padres en lo menos que pensaban era en violentar sus sentimientos. Pero joven y sencilla, inocente todavía, profesando un profundo respeto y veneración por aquellos; quedó anonadada bajo el peso de las reflexiones que le hicieron para convencerla de que debía aceptar por marido un hombre rico, de edad, y honrado sobre todo, porqué en su concepto, el amor era muy secundario y eso venía después con el trato del matrimonio. Además, pintándole los goces, las dichas, los contentos que le esperaban al lado de un hombre de cierta edad y caudal, en oposicion de las privaciones, los disgustos, hasta las desgracias al lado de otro joven, mudable por su misma juventud, y pobre demás de esto;—pusieron ante sus espantados ojos, toda la laceria de la vida humana, en que no había pensado aun, y lograron despertarle una pasión fea, que á no ser por este suceso, es probable que hubiera dormido eternamente en su pecho:—la ambición.

Porqué una vez despertada en Paulina esta pasión, ya se le cegaron los ojos del entendimiento para ver los defectos de Alegrías, si se le abrieron los de la cara para aficionarse de sus riquezas. Hallole pues caballero y cortesano, si no buen mozo ni joven: todo lo que poco antes tenía de rudo y despreciable, al poderoso influjo de la ambición, cambiose de improviso en franqueza y bondad. Bien es que de ella no nacían jamás estos pensamientos: pero sus padres tuvieron poca dificultad en persuadirla de lo que quisieron, y á los tres ó cuatro dias de meditarlo, dió su formal consentimiento al enlace que le proponían: suceso que su familia celebró con júbilo grande.

Con motivo de aproximarse la semana mayor, defiriose el casamiento por unos cuantos dias, y la noticia se reprodujo en toda la Habana con no vista celeridad, no obstante el empeño de don Simón de tenerle oculto, y sacar las dispensas de las amonestaciones y otros requisitos que exigen los cánones de la iglesia. Los amigos, los parientes, y cuantos conocían Paulina, no cesaban de felicitarla por su tino y moderación en elegir marido de alguna edad, y por la cosecha de placeres

y dichas que iba á recoger en la vida, á la sombra de un hombre como don Simon Alegrías, que era la honradez, la prudencia y la bondad, personificadas en uno. Nadie hubo que la contradijese y la advirtiera del riesgo que corría casándose con un hombre á quien no amaba, ni podría amar nunca por lo desigual de la edad y la diferencia de gustos é inclinaciones. Porque ante el ruido y el brillo del oro, parece que no existen almas bastante independientes y generosas, para tenderle la mano al infeliz que se deslumbra y corre presuroso á una cima, guiado del egoísmo y la ambición.

Témeroso don Simon de un arrepentimiento por parte de la muchacha, aplazo sus desposorios para el primer día de pasqua; y puesto que no se abren las velaciones, sino algunos después, quiso que fuera por la tardecita. Paulina se alegró de esto en el alma, pues sobre sentirse triste y preocupada, tenía de rubor y vergüenza á la idea no mas de que debía presentarse en las calles con un hombre, que por mucho que la cegara la ambición, hallaba que no tenía nada de buen mozo ni galante.

El sol se había puesto cuando llegaron los novios á Guadalupe, que fué el templo elegido por devoción de doña Dolores Guzman. Esta que era la madrina, con la novia y Orocía, iban en un carruaje; don Prudencio Sifuentes, que era el padrino, con don Simon Alegrías, en otro; y en el último Carlota, Gabriela y nacleta, que á fuerza de instancias consiguió que la llevaran para ver casar á su niña, según decía:

De todas las iglesias de estramuros y aun de la Habana una de las mas hermosas y elegantes, es sin duda Guadalupe. Las tres altas, limpias y anchurosas naves, divididas por dos órdenes de gruesas columnas, el altar mayor y los sencillos retablos, el púlpito colgante, junto con el lienzo de pintura de la Patrona, que es acaso el mejor que poseen las iglesias de la isla; creemos que nos excusa de la tacha de ponderativos.

A la sazón estaba iluminada con solo dos candelabros á un ángulo y otro del altar mayor, y dos lámparas de plata, pendiente la una en el arco fronterizo de la media-naranja, y la otra en la de la izquierda, que escasamente alumbraba el retablo y el púlpito.

El cortejo de novios, parientes y padrinos, pasó en grave silencio por la nave del medio, resonando sordamente en las

altas bóvedas de la iglesia, las ropas de seda de las mujeres y los zapatos de los hombres; que fueron derechos á arrodillarse en las gradas del altar mayor, donde ya los esperaba el cura y un ayudante. Anacleto, del sobresalto ocasionado por la novedad de la ceremonia y las tinieblas del templo inlectisa de si subiría ó no al presbiterio, como sus amos, apoyose en la baranda y poco á poco fué resbalándose hasta hincar entrambas rodillas en el suelo. Y creció de punto su pavor, cuando sintiendo ruido de pasos por la nave de la izquierda, volvió la cara y apercibió varias sombras que vagaban en distintas direcciones. Aproximáronse dichas sombras, y entonces pudo reconocer en ellas, primero un hombre alto y delgado, que se apoyó contra la columna del púlpito, y luego tres ó cuatro ancianos; de los cuales uno ó dos, se arrodillaron ante el retablo del nacimiento, y los otros se repartieron por los escaños. La idea de que serían fieles que se aprovechaban de la apertura de la iglesia, para orar, la tranquilizó un poco; y al revolver los ojos, vió que la ceremonia ya se había concluído y que los novios y sus acompañantes bajaban en orden del presbiterio. Entonces levantose, salióle al paso á su señorita, y tomándole la punta del velo negro, imprimió en ella amoroso beso, acompañado de dos gruesas lágrimas que rodaron pausadamente por sus pálidas mejillas.

Esta muestra esquisita de cariño hirió en el alma á Paulina, y le tendió la mano izquierda con afán, para que allí repitiera quizá los besos del velo, mientras que con la derecha se apoyaba en el brazo de su madre, porque no tenía fuerzas para sostenerse. Y Anacleto entendiendo bien los pensamientos de su señorita, agarró la mano temblorosa que le ofrecía; la cubrió de besos y lágrimas: y marchando así, antes de salir de la medianaranja, le habló al oído algunas palabras, que la obligaron á volver el rostro y clavar los ojos en la columna del púlpito. A este tiempo el hombre que en ella se apoyaba, empezó á moverse, y cayeron sobre su frente los rayos de la lámpara, que fué parte para que Paulina le reconociera, y exclamara:—¡Jacobo! —derribándose luego en los brazos de la madre, y de los otros, que acudieron á su grito. Mientras la situaban sobre un escaño le desabrochaban el vestido, y le descubrían la frente, para rociarla con agua bendita, que fué lo que hubo mas á mano; Jacobo en volver la cara atrás, desapareció por la puerta de la izquierda:

Refiriendo después la mulata el suceso del desmayo de su señorita en la iglesia, solía decir, que todo provino de que no levaba *la flecha de oro*.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

GEOLOGIA.

Señor Don A. A.

El interés decidílo que me asiste en complacer á V. S. me estimula á cumplir la oferta que le hice de darle una noticia circunstanciada de los monumentos subterráneos que por escavaciones se han encontrado bajo la superficie de Málaga: no hay duda que ellos mismos manifiestan y dan ideas para acreditar que antes de la gran catástrofe que sufrió esta superficie había habitantes en su suelo.

Antes de seguir mis observaciones, es indispensable manifestar la situación topográfica que ocupa esta ciudad de Málaga, para que sirva de objeto en que deben estrivar mis ulteriores raciocinios.

Por tanto digo que en las orillas que forma el mediterráneo á la costa meridional de Andalucía, está situada nuestra ciudad de Málaga, la que dista del estrecho de Gibraltar poco mas de veinte leguas, y treinta de la costa de Africa. Se aproxima hacia su Zenit el polo Artico con treinta y seis grados, y cuarenta y siete minutos de elevacion hacia su oriente: por cuya causa viniendo los rayos solares en esfera oblicua, no es demasidamente calurosa en el verano, ni hielá en el invierno.

Su vega es de cuatro leguas en circunferencia, inclinada á la parte de poniente: hállase cercada de montes, entre los cuales, se encuentra la sierra de Mijas, en cuya falda forma la punta de Torre molinos que entra en la mar, y sube hacia el poniente dos leguas.

Por la parte de levante, dista como legua y media de otra menor punta, que llaman los Cántales, que entrando en la mar forma con la de Torre-molinos una grande ensenada, en la que tiene su situacion nuestra ciudad de Málaga: sus casas principian en las faldas del monte de Gibralfaro y llanura que forman las vertientes de Guadalmedina: toca por la parte del medio fía con el muelle viejo y estendiéndose dicha falda por el poniente y norte, se forma el suelo del Barrio alto, Victoria, Alcazavilla, y Catedral; y desde el monte de S. Cristobal por el Nordeste, Norte y Este de Málaga, se continúan innumerables montículos que la cercan, ya mayores, ya menores, cuyas cañadas forman varios arroyos que no tienen mas caudal de agua que el que le prestan las lluvias.

Entre estos, el mas notable es el Guadalmedina, el que divide la ciudad en dos grandes barrios, de Trinidad y Perchel; entre el Noroeste de la ciudad, que ocupan algunos de estos montes y el Vester, en que está la sierra de Mijas, corre el rio de Málaga llamado en otros tiempos Guadalxorce, el que trae su origen en los Alazóres media legua de Afarnate y una de Archidona; camina con varios rodéos hasta entrar en el mar, distante una legua de nuestra ciudad, el que no solo riega la vega de Antequera y tambien toca con inmediatecion á Alora, la Pizarra, Cartama y Churriana; cuyas poblaciones no dejan de sufrir las impresiones de sus efluvios hidrogenados en el verano.

Hasta aquí el plan y localidad que ocupa nuestra ciudad de Málaga; veamos ahora la antigüedad de su fundacion y si se pueden rastrear sus primitivos fundadores. Si se ha de creer á Juan Serrano de Vargas, este historiador nos dice, fundó á Málaga el patriarca Sale, hijo de Arphaxad, cuando vino á España con su tio Tubal, poniendo así esta fundacion en el primer siglo del diluvio universal, pues Sale nació á los 37 años de él.

Si atendemos á Morejon, este no contento con que la fundó el sobrino, dice que lo hizo su tio Tubal; sentir que ha seguido otros historiadores. En lo que lo funda el tal Morejon es, en que dijo el citado Serrano, que al abrirse unos cimientos en calle Beatas para edificar una casa de D. Juan Bentero, Beneficiado de esta Ciudad, se encontró una moneda que era de Tubal, y varios vestigios de edificios.

Tampoco tuvo inconveniente Morejon en creer que por una moneda de cobre que se encontro al abrirse los cimientos del convento de S. Luis de religiosos Franciscos Observantes, en cuyo anverso notó estaba figurada la cabeza de un hombre, y en el reverso una colmena rodeada de abejas: que fuese la efigie de Gregorio al que por inventor de las colmenas, le llamaron Melicola. Lo mismo adoptó el padre Milla, por lo que redujo la fundacion de Malaga, al año de 1179, antes de Cristo, 1127 después del Diluvio, en cuya época floreció este monarca español.

Otros Historiadores nos dicen que la fundaron los Griegos de Zacynto, que vinieron á España pasados nueve siglos del Diluvio: Uno de sus fundamentos es el monte de Gibraltar y su castillo, que tiene signos de griego como lo indica la mitad de su nombre Pharo.

Otros autores sacándolo de Plinio, reducen su fundacion á los Penos, á los que Marco Agripa, citado por Plinio atribuye la de las ciudades litorales de la Bética.

Estrabon es casi del mismo sentir que Agripa; pues en su libro 3. escribe se acerca su fundacion y fábrica á la púnica. Nuestro malagueño Aldrete, en sus antigüedades de España, la hace fundacion de Fenices y que fué la principal y Primera que ellos fundaron: del mismo sentir es Silva, Estrada y otros.

Si observamos con atencion la incertidumbre histórica que nos dan los citados escritores de la fundacion y antigüedad de nuestra ciudad de Málaga, no quedaremos bien satisfechos por las inconsecuencias de sus relatos, y así nos precisa acudir á otro recurso para que nos aclare con mas firmeza lo que apetecemos. ¿Y cual será este? La Química. Ciencia que es tan vasta como la naturaleza: confunde con ella sus límites, y abraza todo lo criado. La luz que corre del sol como de perenne fuente á la inmensidad del espacio, los diversos fluídos que forman las inconmensurables llanuras del aire, los que vuelan hacia su seno por la accion del calórico que á cada instante los desprende de mil cuerpos terrestres y les presenta sus alas: el agua que llena el inmenso Océano, y que cual denso velo oculta á nuestra vista la profundidad de sus abismos en otros tiempos elevados sobre el

nivel de las aguas y habitados por las plantas y los animales de la tierra; las sustancias sólidas que componen la pesada corteza de nuestro globo, los vegetales y animales en fin que pueblan y hermosean su superficie, haciendo de nuestra morada un magnífico teatro, cuyas interesantes escenas no son menos variadas que armoniosas y brillantes; todo está igualmente sometido al vasto imperio de la Química.

¿Que ciencia habrá que presente al hombre mayor número de objetos, ni mas interesantes, semejante al astro del día que desde el centro del universo derrama su resplandeciente luz sobre los diversos mundos que ruedan en torno de él por el espacioso campo de los Cielos?

La antorcha de la Química alumbra al Farmacéutico los diversos ramos de la filosofía natural, le descubre los diversos estados de la luz, del calórico y de la electricidad; ya le revela el secreto de la composición del aire, del agua, y de los gases; ya tan pronto desciende á las cavernas y á las minas mas profundas de nuestro globo, y ya le eleva sobre las cimas de las montañas mas encumbradas para descubrirle hasta cierto punto la composición, la edad y aun los futuros destinos de las capas que forman el globo, y de los minerales que las componen.

Así mismo le declara al Químico Grólogo de que modo se han de considerar y estudiar las diferentes partes del globo; esas desigualdades é irregulardades dispersas y derramadas en toda la estension de su superficie; esas cordilleras de montes que se unen, que se enlazan abrazando toda la estension de los continentes, esas otras desigualdades igualmente irregulares, que se prolongan, se continúan y presentan tantas formas variadas en el gran receptáculo del mar; esos movimientos uniformes y constantes que agitan sus aguas, esos movimientos particulares y accidentales que solo se advierten en ciertos parajes; las varias comunicaciones que tienen con los arroyos, los rios y todos los fenómenos que de ellos dependen. En ella se aprenderá de que modo conviene bajar hasta el centro de la tierra y considerar allí la singular variedad de sus capas que la componen; con que atención conviene estudiar el grueso, las disposiciones y caracteres particulares que distinguen á estas capas; bajo de que respecto debe verse esa multitud asombrosa de cuerpos extraños que se han refugiado

allí; y desde tantos siglos conservan los caracteres propios de su origen primitivo; como debe considerarse la generacion de esos volcanes terribles que devoran las entrañas del globo y que producen una multitud de fenómenos. En ella se aprenderá á descubrir las causas de esos hundimientos repentinos y sucesivos que nos abren puertas, comunicaciones que jamás hubiera podido proporcionarnos toda la industria del hombre con el trabajo mas obstinado: en una palabra, ayudado de estas reglas y guiado por el genio de la observacion, conseguirá el Químico Geólogo formarse una idea exacta de la constitucion del globo y de la produccion de esa multitud asombrosa de efectos que de ella dependen.

En esta ocasion solo me contraeré, y es mi oferta tratar en particular de la superficie que ocupa nuestra ciudad de Málaga, y monumentos que por escavaciones se han encontrado manifestando ser antdiluvianos: el observador exacto que investiga las obras de la naturaleza, no debe despreciar nada de cuanto encuentra en el terreno que pisa. Si bien examinamos la superficie de la ensenada de Málaga, ella misma nos dirá de donde han venido esas inmensas capas arcillosas que se sedimentaron en su suelo; esos montículos que la rodean en toda su estension manifestando ser formados por acumulaciones desgajadas de fragmentos venidos de destrozos de las montañas primitivas; y esa multitud de animales testáceos de todas clases, cuyos caracteres de su especie no se les han borrado, y se encuentran escondidos é interpuestos entre las capas arcillosas que orman todo nuestro terreno malacitano: estos son monumentos inequívocables que hablan con la mayor exatitud al Químico-Geólogo, de haber sufrido la superficie primitiva de esta ciudad una gran catástrofe diluviana.

Motivos muy suficientes tenemos para no dudar de este acontecimiento estragoso, y que está muy bien justificado por haberse encontrado monumentos antdiluvianos en nuestro terreno de Málaga, como se verá en el siguiente cuaderno.

Concluiré,

